

ellas nunca te hubieras conocido. Y cada día y cada hora te deparan magníficas oportunidades de ofrecer a Dios multitud de pequeños sacrificios».

Y como ya sabemos por la doctrina de San Juan de la Cruz que «es gran sabiduría saber callar y sufrir, y no mirar dichos y hechos, ni vidas ajenas (1) y que tiene más mérito un solo acto de abnegación y paciencia, soportados por puro amor que el hacer milagros, está claro que es más útil para mi propia santificación el vivir con esas personas, cuyo carácter no se adapta al mío, que el estar con aquellos, cuya compañía me es naturalmente más agradable.

14. Es cierto que muchas veces en el trato con esas personas sentiremos algunas de aquellas molestias que nos amargan el corazón y perturban el espíritu, porque agitan y revuelven fuertemente todos los bajos fondos del corazón. Pero entonces se nos presentarán los momentos más útiles de la vida, si los sabemos aprovechar. Es entonces tiempo oportunísimo para estudiarnos y humillarnos; para orar y merecer. En vez de acariciar pensamientos contrarios a la caridad que debo al que me ha ofendido, con los cuales no haría sino envenenar mi espíritu y amargar más mi corazón, y ponerme en una pendiente peligrosa, debo arrodillarme ante el Crucifijo, y orar devotamente hasta haber recuperado la paz del alma.

Así es fácil conservar muy tranquilo el espíritu

(1) Aviso 178.

en medio de las mayores perturbaciones de la fantasía y del corazón, como quietas están las rocas en medio del mar furiosamente agitadas por las olas del océano.

Ah! que pequeño se siente uno mismo, cuando desde las alturas de una serena conciencia, contempla al propio corazón, tan profundamente agitado por una nadería! Qué sinceros son entonces los actos de humildad que naturalmente brotan del fondo del espíritu! Cuánto se alcanza de conocimiento propio, y cuánto se merece con unos minutos de oración, hecha en estas condiciones! Pronto se recupera la paz del alma y se consiguen fuerzas para comenzar de nuevo.

Creo más eficazmente útiles unos minutos, así empleados, que muchos meses de lecturas piadosas y de penitencias.

15. Y esto bien se lo deberemos ocasionalmente a las personas que menos nos cayeron en gracia. La compañía de los que más nos quieren y lisonjean nunca nos habría sido tan provechosa. En el gran día de cuentas veremos que somos deudores a los que mucho nos hicieron sufrir, más que a quienes siempre procuraron contentarnos y darnos gusto.

No por esto debe nadie desear para sí y en favor de los demás el oficio de *verdugo*. Bajo ningún concepto debe ser agradable a nadie el ver sufrir, y menos el ser causa de sufrimiento para otros.

En la antigua Roma, cuando la más alta civilización pagana se daba la mano con la más profun-

da degeneración de la humanidad, las distinguidas damas romanas, y los honorables señores del mundo, pudieron encontrar íntimos goces en ver padecer y en hacer sufrir a seres humanos. Pero no comprendo que nadie pueda encontrar gusto en ver sufrir a hombres, ni tampoco a los animales, después de la divulgación de aquella doctrina de amor que comenzó en el monte de las Bienaventuranzas.

No; no entiendo como puede haber corazones ruines, después que tantas almas delicadísimas han pasado y pasan por el mundo en pos del dulcísimo Salvador, y después que todos los hombres, aun los que no creen, han debido percibir cuando menos algo del aroma de las más delicadas flores del Evangelio que son caridad y mansedumbre.

Mas, sé muy bien que, de vez en cuando, se encuentran todavía algunas almas, aun de las que viven a la sombra de la Cruz, que encuentran un secreto placer en ver, y aun en causar algunos sufrimientos, sobre todo de orden moral.

«*Me gusta hacerle rabiar*». Esto se oye muchas veces de labios de personas que no se tienen por perversas, y seguramente no lo son. Con todo, si bien puede haber personas tan infelices y de tan especial modo de ser, que con los sufrimientos procedentes de sus enfados, pueden ser causa de la diversión de otros, bien se puede asegurar que no se gozará en las molestias de ellas ninguno que no esté defectuoso de espíritu, o de corazón.

La ligereza habitual es también un gran defecto.

Para encontrar placer en el desagrado o sufrimiento mismo de algunos otros, cualesquiera que ellos sean, creo que es preciso tener educado y formado el corazón según normas que no son ciertamente las del Santo Evangelio.

Me parece que nadie puede creer tan inocente el gusto de mortificar, que, como obsequio del trabajo del día, se atreviera a decir al Creador de rodillas ante el Crucifijo: «Señor, os ofrezco el gusto que he tenido en causar durante el día de hoy, algunos pesares a mis hermanos».

16. Y no obstante entra en el plan de la Divina Providencia que unos a otros nos mortifiquemos.

Porque, sin verdugos, nunca habría habido mártires. En este sentido los mártires deben a sus verdugos y tiranos la inmensa gloria de que gozan en el cielo.

El martirio del espíritu y del corazón es no menos agradable a Dios que el martirio corporal. Es preciso, pues, que haya también quienes torturen el corazón y el espíritu para que en el cielo y en la Iglesia haya mártires según el espíritu y el corazón.

Cierto que nadie debe apetecer para sí el oficio de verdugo, aunque al fin, sea en favor de su hermano. Yo le pido al Señor que no me tome por instrumento para santificar por el dolor a ninguno de sus elegidos, aunque inconscientemente a muchos habré dado que merecer.

Es más simpático el oficio de ángel bueno, que por amor acerca los corazones a Dios.

Pero, si bien hemos de procurar no ejercer jamás el oficio de verdugo en favor de ninguno, debemos aceptar, y aún agradecer y estimar aquellas personas que, de carácter diferente al nuestro, han sido puestas por Dios junto a nosotros para que nos ayuden a conocernos, y nos deparen muchas ocasiones de sufrir y merecer.

Y esto muy especialmente, cuando, como sucede casi siempre en las casas religiosas, los que nos mortifican lo hacen sin advertirlo, y proceden con la mejor buena intención. Y en este caso tanto merece el que mortifica como el que con grande ánimo y alteza de miras acepta la mortificación.

17. Esto explica la especialísima, y para el mundo incomprendible, psicología de los Santos, y su repugnancia a las alabanzas y lisonjas, y su sincera gratitud y especial afición a los que más los mortifican.

Y así nos dice la Santa Madre que vió como los ángeles levantaban en alto a un Religioso que había sido calumniado en su honra por una «persona a quien él había hecho mucho bien y remediado la suya y el alma; y habíalo pasado con mucho contento, y hecho otras obras muy en servicio de Dios y pasado otras persecuciones» (*Vida*, Capítulo XXXIV).

Y por esto no debemos extrañarnos de que las almas que tienen muy viva la fé en la Divina Providencia, y estén ya muy adelantadas en la virtud, tengan a las personas que las mortifican tanto afecto como nos dice la Santa Madre en este her-

mosísimo pasaje: «Tienen también estas almas un gran gozo interior cuando son perseguidas, con mucha más paz que lo que queda dieho, y sin ninguna enemistad con los que las hacen mal u desean hacer; antes les cobran amor particular, de manera que si los ven algún trabajo, lo sienten tiernamente, y cualquiera tomarían por librarlos de él, y encomiéndalos a Dios muy de gana, y de las mercedes que les hace su Majestad holgarían perder porque se las hiciese a ellos porque no ofendiesen a Nuestro Señor» (1).

Y este es el gran punto de vista desde el que quiere el Santo Padre que miremos el claustro. Y sólo así se explica él, la vida religiosa: «Que si para esto no fuera, nos dice, no había para qué venir a la religión, sino estarse en el mundo, buscando su consuelo, honra y crédito y sus anchuras».

18. Procediendo así, mirando desde esas alturas la vida religiosa, a los hombres y a sus pequeñeces, todo se explica, y se allanan todas las dificultades. Así se «saca provecho de todo acaecimiento» como dice el Santo Padre. De esta manera la vida ordinaria, aun en sus más insignificantes detalles, se nos presenta como una mina riquísima de grandes merecimientos. Lo que en los demás nos parecían defectos insoportables, así se nos presentan, como oportunidades excelentes para practicar actos heroicos de virtudes, y esto sin salir de la sencillez de la vida ordinaria.

(1) *Moradas Morada VII, Cap. III.*

San Ignacio Mártir quería azuzar a los leones y leopardos a fin de que desastrozasen pronto su cuerpo para que su hermosísima alma pudiera ir en seguida a recibir la corona del martirio en el cielo. Las delicadas vírgenes cristianas miraban con cariño la mano del verdugo que con un solo golpe debía romper las ataduras que detenían sus almas bellas unidas a sus cuerpos delicados y puros. Y nosotros hemos de soportar con resignación, y aun de mirar con cariño, las diferencias de carácter de las personas con quienes hemos de vivir, porque estas son las que nos han de deparar magníficas y variadas ocasiones para altísimos merecimientos.

19. Quien durante largos años conserva resignado, amable y contento su corazón ante personas que, sin saberlo, o a sabiendas, le habrán de mortificar siempre poco o mucho, no creo tuvieran ante Dios menos mérito que el mártir que ofrece su cuello al verdugo para que lo corte en un momento. Aquel sería un prolongado martirio del corazón y del espíritu. A este martirio hemos de aspirar cuantos a Dios nos hemos consagrado por la profesión religiosa. Por esto se le llama al estado religioso un prolongado martirio. Y los que más nos han de depurar, han de ser los que aspiran a la misma palma que nosotros. Este es el genuino espíritu de Nuestro Santo Padre San Juan de la Cruz. Quien lo dude que lea y medite y vuelva a leer esta Cautela.

Sin este espíritu, bien entendido y practicado,

no se comprende la vida religiosa, ni es posible conseguir la virtud, ni conservar la paz del corazón, ni dejar de faltar mucho a la caridad. «Si esto no guardas, no sabes vencer tu sensualidad y sentimiento, ni sabrás haberte bien en el convento con los religiosos, ni alcanzarás la santa paz, ni te librarás de muchos tropiezos y males».

Tengamos asidua meditación de estas palabras del Santo, y decidido esfuerzo en practicar estas enseñanzas, y es seguro que, ni el demonio, ni nuestra sensualidad nos podrán arrebatarse la dulce paz del corazón.

CAPITULO XVIII

OCTAVA CAUTELA: SECUNDA CONTRA LA CARNE

EL PLACER EN LAS ACCIONES

1. TEXTO DEL SANTO.—2. EL MOVIL DE LAS ACCIONES HUMANAS. EL PLACER EN SU ESTÍMULO LÍCITO.—
3. PERO OBRAR POR EL PLACER ES DEGRADANTE.—
4. DIOS CASTIGA DEJANDO A LOS HOMBRES QUE HAGAN LO QUE QUIERAN. EL HOMBRE DEBE GOBERNARSE POR LA CONCIENCIA Y NO POR EL ESTÍMULO DEL PLACER.—5. ESTULTICIA DEL ESPÍRITU. SAN JUAN DE LA CRUZ, HABILÍSIMO MAESTRO DE ESPÍRITU. PROFUNDO PSICÓLOGO.—6. EL GOZO EN LAS CRIATURAS EMPEQUEÑECE. SON MIGAJAS CAIDAS DE LA MESA DEL PADRE DE FAMILIA.—7. LOS APETITOS CANSAN Y ATORMENTAN, ETC. HERMOSÍSIMO PASAJE DEL SANTO.—8. EL DESEO DEL GOZO NUNCA SE CANSA Y TODO LO INUTILIZA Y OSCURECE EL ENTENDIMIENTO.—9. REGLA SEGURA. RESPUESTA DIGNA DE UN SANTO, FIDELIDAD A LOS DICTÁMENES DE LA PROPIA CONCIENCIA.—10. DONDE ESTÁN LOS GRANDES CARACTERES.—11. HOMBRES ANIÑADOS. SON INCONSTANTES, Y SUFREN MUCHO.—
12. PIERDEN EL MÉRITO DE SUS BUENAS OBRAS. Y SE PREPARAN DUROS CASTIGOS.—13. EL PRIMER

ESTIMULO DE NUESTROS ACTOS. LOS NOMBRES ESCRITOS EN EL CIELO.—14. CÓMO SE PUEDE SER ÚTIL A TODOS Y A SÍ MISMO. LOS SANTOS NO QUIEREN MUTILAR LA NATURALEZA DEL HOMBRE.—15. LA PODA MORAL.—16. EL HOMBRE DEPURADO. RECIBE EL CIENTO POR UNO YA EN ESTA VIDA. 17. SAN JUAN DE LA CRUZ EN SU VIDA FUÉ LA DEMOSTRACIÓN PRÁCTICA DE SU DOCTRINA.

1. «La segunda Cautela es, que jamás dejes de hacer las obras por la falta de gusto o sabor que en ellas hallares, si conviene al servicio de Dios que ellas se hagan: ni las hagas por solo el sabor o gusto que te dieren, si no conviene hacerlas tanto como las desabridas; porque sin esto es imposible ganases constancia y venzas tu flaqueza».

2. El móvil principal de toda acción humana, aquello de que especialmente toma su especie y su mérito, es el fin, o sea la intención que en su espíritu acaricia el hombre siempre que hace un acto premeditado.

Estas intenciones, queridas por el hombre cuando hace algo, se pueden reducir a dos clases generales, a saber; el *gusto* o el *deber*. Nunca emprendemos algo con plena deliberación que de alguna manera no nos propongamos satisfacer un gusto, o cumplir un deber de conciencia. El gusto es el más bajo de los fines; y el más noble, el único digno del hombre, es el deber.

No es en sí mismo malo el gusto o placer. Dios mismo lo creó y lo puso en la ejecución de casi

todas las acciones humanas, así las corporales como las espirituales, especialmente de aquellas que son más necesarias para la sociedad humana en general, o para la vida de cada individuo en particular. La sabia Providencia puso placer o gusto en la ejecución de esas acciones para que el hombre, estimulado por ese gusto, no dejara de ejecutarlas.

Mas el placer, según la intención del Creador, es tan sólo un estímulo; es un medio, no un fin. Y por lo tanto, obraría siempre más o menos desordenadamente quien, en cualquiera de sus acciones, no buscara más que la satisfacción de un gusto por el placer que Dios puso en ellas.

Y como todo desorden tarde o temprano redundará en detrimento de aquel que lo comete, el placer es generalmente perjudicial a los hombres que lo buscan como fin principal en algunos de sus actos.

3. Hacer algo únicamente por el gusto que se encuentra en ello, es pobrísima manera de obrar. Los animales no tienen otro motivo, ni estímulo en sus actos. Y, además de pobre e indigno, es peligroso, porque los gustos así buscados y satisfechos, crean hábitos de molición que debilitan la voluntad del hombre, ocupan el lugar de la razón y acaban por hacerle esclavo y envilecido.

Sapientísimo era Salomón. Dios le rodeó de opulencia y de gloria, y dotó su alma de grandísima sabiduría y prudencia. Pero él no supo privarse de nada de cuanto sus ojos codiciaron, o deseara su corazón (1). Y así, a pesar de su gran prudencia

(1) Ecces. II-10.

e incomparable sabiduría cayó muy pronto en los vicios más repugnantes. Y él, que había construído y dedicado el más suntuoso templo del mundo al Dios de Israel, edificó también templos y adoró a las falsas deidades de Chamos y Moloch (1).

4. Por esto uno de los mayores castigos que Dios envía a los hombres y a los pueblos es dejarles que hagan lo que quieran.

Así castigó la infidelidad de los pueblos antiguos, como nos dice San Pablo (2). Del mismo modo castigó a su pueblo escogido como él mismo nos lo advierte por David: «Los envié, dice, según los deseos de su corazón y ellos correrán en pos de sus caprichos» (3). Y por esto el Sabio, con toda humildad e instancia, le pide al Señor que no le dé lo que sus ojos codician, y que le libre de sus propios deseos (4).

Es por lo tanto importantísimo que el hombre sepa como debe conducirse en sus acciones en las que el gusto de ellas, tan graves males le pueden ocasionar, sino lo sabe enderezar.

Para regular debidamente esta natural afición a todo lo que es deleitable nos da el Santo Padre esta Cautela. Y nos dice que debemos dar tan poca importancia a nuestros gustos, que jamás hemos de dejar una obra por desabrida que nos parezca, si conviene al servicio de Dios que se haga, ni debe-

(1) III Reg. XI-7.

(2) Ad. Rom. I-24.

(3) Psalm. LXXX-13.

(4) Eccl. XXIII-5.

mos hacer alguna, solo por el sabor que en su ejecución esperamos hallar. Hacer algo tan solo por gusto, no es digno del hombre, que, debe dirigirse por la razón o la conciencia. Los animales no tienen más estímulo de sus acciones que el instinto o el placer, y así a los animales es comparado el hombre que en sus actos no busca más que la satisfacción de un gusto, no importa de que naturaleza sea.

Y así el Espíritu Santo nos amonesta a estar prevenidos contra los hombres que «blasfeman de lo que ignoran, y como animales se complacen en lo que naturalmente conocen» (1). Y también San Pablo nos habla del «hombre animal que no puede entender las cosas que son según el espíritu de Dios porque le parecen estulticia» (2).

5. Y a esta desgraciada estulticia del espíritu viene a dar muy pronto todo el que se acostumbra a mirar la satisfacción de algunos de sus gustos como el estímulo principal en la ejecución de sus actos.

En la exposición de estas cuestiones es maestro consumadísimo San Juan de la Cruz.

Para enseñarnos a regular debidamente nuestra natural afición a gozarnos en nuestras obras y acciones, y en las criaturas en general, no se contentó el Santo con estas dos últimas Cautelas, sino que a este tema consagró la primera y más extensa

(1) Judit. 10.

(2) I ad Cor. II-14.

de sus obras. Este es el principal argumento, tan maravillosamente desarrollado en los tres libros de la «Subida del Monte Carmelo».

Gustos, o como el Santo dice, *apetitos*, de los sentidos, del corazón, del espíritu o entendimiento, de la memoria, de la voluntad; diferentes bienes en los que el hombre, según cada uno de sus sentidos y potencias se puede gozar, los múltiples daños que de sus desórdenes se siguen y las grandes ventajas que de su perfecto dominio se reportan; tales son las cuestiones que en los noventa y un capítulos de esta obra admirable va desenvolviendo el Santo Padre en un estilo que no tiene igual.

Su conocimiento del espíritu humano es asombroso. Todos los movimientos del alma estudia y endereza para elevar al hombre hasta Dios. Ningún repliegue del espíritu o del corazón pasa inadvertido a este profundo y sagaz observador. No en balde se ha dicho de él que es el primer psicólogo del mundo. Nadie como él había explicado de una manera tan profunda, clara y metódica las relaciones entre Dios y el alma. Su lenguaje no parece lenguaje usado entre los hombres. Ninguna cita de humano ingenio aparece en estas páginas admirables. En cambio las citas de la Santa Escritura se encuentran casi en cada línea. Diríase que tan solo el divino lenguaje de la Biblia se puede asimilar este Santo Doctor; y no es extraño, porque altísimas son las doctrinas que expone.

Aquí se encuentran observaciones afinadísimas y admirables. Nos dice que no debemos poner

nuestro gusto, afición, o amor más que en Dios porque «el que ama criatura, tan bajo se queda como aquella criatura, y en alguna manera más bajo; porque el amor no sólo iguala, mas aun sujeta al amante a lo que ama. Y de aquí es que por el mismo caso que el alma ama algo fuera de Dios, se hace incapaz de la pura unión de Dios y de su transformación».

6. Nos dice que gozarse en las criaturas, es perder su verdadera libertad porque «el alma que se enamora de las libertades de su apetito, delante de Dios es tenida y tratada, no como hijo libre, sino como persona baja, cautiva de sus pasiones... Y por tanto no podrá esta alma llegar a la real libertad de espíritu que se alcanza en esta divina unión, porque la servidumbre ninguna parte puede tener con la libertad, la cual no puede morar en corazón sujeto a querer, sin ser este corazón cautivo, sino en el libre, que es corazón de hijo» (1).

En seguida nos explica cómo el que su afecto desordenado pone en las criaturas, nunca se ve satisfecho; y explicando aquel texto del Santo Evangelio: «No queráis dar lo santo a los perros» (2), nos dice que, «todas las criaturas son migajas que cayeron de la mesa de Dios. Y así justamente es llamado con el que anda apacentándose en las criaturas... Y siempre anda hambriento porque las migajas más sirven de avivar el apetito que de satisfacer el ham-

(1). *Sub. del Monte Carm.*, Lib. I, Cap. IV.

(2). *Math.* VII-6.

bre... Porque esta es la propiedad del que tiene apetitos, que siempre está descontento y desabrido como el que tiene hambre (1).

7. Luego en varias páginas admirables nos explica como los goces causan en el alma estos cinco efectos, a saber: «La cansan y la atormentan y oscurecen, la ensucian y enflaquecen».

Séame permitido copiar un largo pasaje del Santo Padre, ya para que sirva de modelo del especialísimo estilo del Místico Doctor, ya porque en este trozo se contiene cuanto en esta materia hace a nuestro propósito.

«Claro está que los apetitos cansan y fatigan al alma, porque son como unos hijuelos inquietos y de mal contento que siempre están pidiendo a su madre uno y otro y nunca se contentan. Y así como se cansa y fatiga el que cava por codicia del tesoro, así se cansa y fatiga el alma por conseguir lo que sus apetitos le piden. Y aunque lo consiga, en fin, siempre se cansa porque nunca se satisface; y al cabo son cisternas rotas aquellas en que cava, que no pueden tener agua para satisfacer la sed. Y así dice Isaías. Después de cansado y fatigado, todavía tiene sed y está su apetito vacío. (Isai. XXIX-8). Y cánsase y fatígase el alma que tiene apetitos; porque es como el enfermo de calentura, que no se halla bien hasta que se le quite la fiebre, y cada rato le crece la sed. Porque como se dice en el libro de Job: Cuando se hubiera satisfecho, el apetito, quedará más apre-

(1). Ibid.

tado y gravado: Creció en su alma el calor del apetito, y así caerá sobre él todo dolor. (Job. XX-22). Y cansóse y fatigóse el alma con sus apetitos, porque es herida, movida y turbada de ellos, como el agua de los vientos, y de esa misma manera la alborotan sin dejarla sosegar en un lugar, ni en una cosa. Y de las tales almas dice Isaias: El corazón del malo es como el mar cuando hierve (Isai. LVII-20). Y es malo el que no vence sus apetitos. Y cánsase y fatígase el alma que desea cumplirlos; porque es como el que teniendo hambre, abre la boca para hartarse de viento y en lugar de hartarse, se seca más, porque aquel no es su manjar. Y así dice de la tal alma Jeremías: En el apetito de su voluntad atrajo a sí el viento de su afición (Jerem. II-24)... Y así como se cansa y fatiga el enamorado en el día de su esperanza, cuando le salió su lance en vano, así se cansa y fatiga el alma con todos sus apetitos y cumplimientos de ellos, pues todos la causan mayor vacío y hambre, porque, como comúnmente dicen, el apetito es como el fuego, que echándole leña, crece; y luego que la consume, por fuerza ha de desfallecer. Y aun el apetito es de peor condición en esta parte. Porque el fuego en acabándose la leña, decrece. Mas el apetito no decrece en aquello que aumentó cuando se puso por obra, aunque se acaba la materia, sino que en lugar de decrecer como el fuego cuando se le acaba la suya, él desfallece en fatiga, porque quedó crecida el hambre y disminuído el manjar» (1).

(1) *Sub. del Monte Carm., Cap. VI.*

8. Y los apetitos no sólo vienen a ser un tormento para quien no los supo dominar, sino que son para el hombre, un peligro seguro de que irá de mal en peor.

Lo que al principio no parecía sino una pasioncilla inocente, un gusto que el hombre se complacía en tomar en objetos de ninguna manera pecaminosos, si en vez de vigilarla y dirigirla y enderezarla, se la deja y se la fomenta, pronto causará en el alma los estragos que nos dice el Santo en el pasaje citado.

Y además la inutilizará para que no vaya adelante en el camino de la virtud. Y así nos dice también el Santo Padre: «Es harto de llorar la ignorancia de algunos, que se cargan de desordenadas penitencias y de otros muchos desordenados ejercicios, digo voluntarios, poniendo en ellos su confianza y pensando que solo ellos, sin la mortificación de sus apetitos en las demás cosas, han de ser suficientes para venir a la unión de la Sabiduría Divina. Y no es así, si con diligencia ellos no procuran negar estos sus apetitos. Los cuales si tuvieran cuidado de poner siquiera la mitad de aquel trabajo en esto, aprovecharían más en un mes, que por todos los demás ejercicios en muchos años. Porque así como es necesaria a la tierra la labor para que lleve fruto y sin labor no llevará sino malas yerbas, así es necesaria la mortificación de los apetitos para que haya provecho en el alma. Sin la cual osó decir que para ir adelante en perfección y noticia de Dios y de sí mismo, nunca le aprovechará más cuanto hiciere que

aprovecha la semilla que se lanza en la tierra no rompida» (1).

Y también nos amonesta el Santo que no nos femos de otras buenas cualidades de talento y virtudes que podamos tener. «Porque no hay fiarse dice, de buen entendimiento ni dones que tengan recibidos de Dios, para pensar que si hay afición o apetitos, dejará de cegar y oscurecer, y hacer caer poco a poco en peor. Porque ¿quién dijera que un varón tan acabado de sabiduría y lleno de los dones de Dios, como era Salomón, había de venir a tanta ceguera y torpeza de voluntad, que hiciese altares a tantos ídolos y los adorase él mismo siendo ya viejo?» (2).

9. La única regla segura para librarnos de tales inconvenientes es que cumplamos fielmente esta Cautela del Santo; que nos acostumbremos a prescindir del gusto o disgusto que podemos hallar en la ejecución de nuestras obras. No debemos hacerlas por que nos gusten, ni omitirlas porque nos desagraden.

El gusto o el apetito no debiera intervenir para nada en los actos de las personas que nos hemos consagrado a Dios. Un Superior preguntó una vez delante de mí a un súbdito suyo, si le *gustaría* ir a un lugar determinado. Y el excelente súbdito, como sorprendido replicó: «Le suplico que no me pregunte lo que me gusta, sino que me diga lo que

(1) *Sub. del Monte Carm.*, Lib. I, Cap. VIII.

(2) *Ibidem.*

quiera que haga». He aquí una respuesta digna de un Santo.

No parar atención en que sean agradables o desagradables las obras que nos mandan los Superiores o las leyes, sino hacerlas tan sólo porque así se cumple con un deber, exige gran virtud y mucha energía de carácter. Y esto muy especialmente, cuando se trata de acciones ordinarias y humildes que de suyo no traen gloria ni honor ante los hombres.

Las que mucho honran o traen fama o gloria de suyo halagan el deseo que todo hombre naturalmente tiene de ser conocido y honrado. Pero estas acciones son las menos; pocas veces hay ocasión de practicarlas. Mientras que las primeras llenan casi toda nuestra vida y la de casi todos los hombres. En ellas nada hay que halague la naturaleza y nos atraiga para ejecutarlas. Y así, hacerlas siempre con prontitud, perfección y contento, atendiendo únicamente a que así se cumple con un deber, supone una grandísima fidelidad a los dictámenes de la conciencia.

Esto exige un esfuerzo tan grande contra las inclinaciones más vivas de la naturaleza, que no lo pueden hacer sino los grandes caracteres y las personas muy adelantadas en la virtud. Esto supone un gran dominio de la propia voluntad y de todas las pasiones humanas.

10. Muy grande es por cierto el que practicando constantemente lo pequeño, lo sencillo, lo rutinario, lo que a la pobre naturaleza desagrada, mantiene siempre tan elevado su espíritu y tan

fuerte su corazón que nunca se fastidia ni abate.

Aquí, donde tan poco se ven, es donde están los más perfectos caracteres y las almas más hermosas. Nadie se ha perfeccionado en medio del ruido y de los afanes por la gloria humana. Los grandes corazones se han templado siempre en una larga vida de humildad y de abnegación.

Subiendo por ahí, por ese camino que el mundo no quiere conocer, encontraremos a las almas más perfectas y a los grandes bienhechores de la humanidad. Todos pasaron por aquí antes que el mundo los admirase y aplaudiese. Al principio del mismo veríamos al mismo Hijo de Dios pasando los 18 años de su adolescencia y juventud en un humilde taller de carpintero, y a la misma Madre de Dios, muy ocupada en los mil quehaceres sencillos de la vida doméstica.

A Jesús y a María imitan los que en todos sus actos buscan, antes que todo, el cumplimiento del deber, y están siempre dispuestos a hacer la voluntad de Dios. Aquí está el secreto de la fuerza de voluntad y de la paz del alma que admiramos en las personas de gran virtud.

11. Mas los que en sus actos procuran la satisfacción de algún placer y buscan un poco de honor o de gloria, y prefieren aquello que a sus gustos mejor se acomoda, y dejan cuanto pueden lo que les desagrada, por fuerza han de ser hombres aññados, aunque a ellos no se lo parezca, pues los niños, como todavía no tienen perfecto uso de razón, no pueden aún obrar ordinariamente por sola

la conciencia, sino que se mueven según sus gustos e inclinaciones.

Las costumbre de obrar así, sólo por gusto, hincha mucho el egoísmo, fomenta el orgullo y hace al hombre duro de corazón.

Las personas que parece nada saben hacer sino para complacerse a sí mismas, a pesar de su ordinaria altivez, no pasan de ser unas pobres desdichadas, pues sufren mucho y son inconstantes; no tienen carácter, ni lo pueden tener mientras sea el propio gusto el principal estimulante de sus actos, porque es variable el objeto de sus aficiones. Lo que ahora agrada, poco después ya disgusta, y lo mismo que hoy estiman como honorífico, mañana lo considerarán, como indigno y humillante.

Por esto los buscadores de sus gustos no pueden tener estabilidad ni firmeza; no pueden tener más carácter definido que el de su egoísmo y el de su propia inconstancia.

Mal consejero es el placer y pocas veces se puede contar con él. Y así muy delicadamente nos dice el Santo Padre: «Mira que tu ángel custodio no siempre mueve el apetito a obrar, aunque siempre alumbra la razón. Por tanto, para obrar virtud, no esperes al gusto; que bástate la razón y entendimiento» (1).

Sean, pues, la razón y la conciencia los únicos promotores de nuestros actos.

Además sufren mucho las personas que tanto se ocupan en atender a sus gustos; porque, como

(1) Aviso, 34.

nos ha dicho San Juan de la Cruz, los apetitos nunca se sacian, y cuanto más se les contemple y atiende, más mortifican y atormentan. Entonces el hombre no dirige sus gustos y apetitos, sino que es por ellos infelizmente dirigido y gobernado. Por esto nos dice el Santo en esta Cautela: «Sin esto» esto es, sin el olvido de los propios gustos, «es imposible ganes constancia y venzas tu flaqueza». Y en uno de sus avisos nos dice: «Pues se te ha de seguir doble amargura de cumplir tu voluntad, no la quieras cumplir aunque quedes en amargura» (1).

12. Por otra parte, pierde ante Dios todo el mérito de sus buenas obras, quien en ellas busca la satisfacción de sus gustos. Su placer, buscado y satisfecho, es el único precio de sus buenas obras.

Y cuando se presente ante Dios, se le dirá también: «Ya recibiste tu recompensa. Hiciste en verdad algunas buenas obras, pero no las hiciste principalmente por mí, aunque en tu boca lo decías, pero no lo sentías así en tu corazón. Hiciste algunas obras de caridad, pero deseaste la gratitud de aquellos a quienes hiciste alguna obra buena. Hablaste bien de mí, pero en esto mismo buscaste gloria para tí. En tus buenas acciones anduviste más solícito de tu propio honor que de mi gloria, y en tus mismas devociones y actos de religión te ocupaste más de satisfacer tus gustos sensibles que cumplir mi voluntad. Por lo poco bueno que hiciste codiciaste afecto de los hombres, gloria,

(1) Aviso, 17.

honor, y la satisfacción de tus gustos; y algo de esto conseguiste, y en ello te complaciste; ese es el galardón de cuanto bueno hiciste».

Y no sólo perdemos el mérito de las buenas obras cuando en ellas con vanidad nos complacemos, sino que el Señor nos suele castigar con terribles sinsabores que siguen a nuestras vanas complacencias. Y así nos dice el Santo: «De donde podemos temer que todas las veces que vanamente nos gozamos, está Dios mirando y trazando algún castigo y trago amargo según lo merecido, siendo muchas veces mayor la pena que redunda de tal gozo que lo que se gozó» (1).

«Por esto» nos dice también N. S. Padre que «estos no hallarán galardón en Dios, habiéndole ellos querido hallar en esta vida de gozo o consuelo o interés, de honra o de otras maneras en sus obras; en lo cual dice Nuestro Salvador que en aquello recibieron la paga. Y así se quedaron sólo con el trabajo de la obra y confusos sin galardón. Hay tanta miseria acerca de este daño en los hijos de los hombres, que tengo para mí que las más de las obras que hacen públicas o son viciosas, o no les valdrán de nada, o son imperfectas y mancas delante de Dios, por no ir ellos desasidos de estos intereses y respetos humanos» (2).

13. Para no exponernos, pues, a perder lastimosamente el tiempo aun en aquellas obras que nos parecen mejores, guardemos con fidelidad es-

(1) *Sub. del Monte Carm. Lib. III, Cap. XIX.*

(2) *Ibid. Cap. XXVIII.*

te aviso o Cautela; sea nuestra conciencia o el deseo de agradar a Dios, el primer estímulo en todos nuestros actos. Pues como el Santo dice en otra parte «debe el espiritual al primer movimiento, cuando se le va el gozo a las cosas, reprimirse acordándose del presupuesto que aquí llevamos, que no hay cosa de que el hombre se deba gozar, sino en si sirve a Dios y en procurar su gloria y honra en todas las cosas, enderezándolas sólo a esto, y desviándose en ellas de la vanidad, no mirando en ellas su gusto, ni consuelo» (1).

Hermosísimo ejemplo de esto tenemos en el Santo Evangelio. Nuestro Señor Jesucristo envió sus setenta y dos discípulos a predicar por las ciudades por las que tenía El que pasar después. Y les dijo: «Id; mirad que os envío como corderos entre lobos». Ellos, terminada su misión, volvieron contentísimos, diciendo: «Señor, en tu nombre hasta a los demonios hemos sujetado nosotros». Estaban satisfechos de las primicias de su apostolado. Pero el Señor quiso curarles en seguida de aquella complacencia, dirigiendo más alto el gozo de aquellos buenos hombres. Sí, les dijo dulcemente el Divino Redentor: «Yo estaba viendo a Satanás caer del cielo a manera de relámpago. Vosotros veis que os he dado potestad de hollar serpientes y escorpiones, y todo el poder del enemigo, de suerte que nada podrá haceros daño. Con todo eso, no tanto habéis de gozaros porque

(1) *Subida del Monte Carm.* Lib. III, Cap. XIX.

se os rinden los espíritus, cuanto *porque vuestros nombres están escritos en los cielos*» (1).

Nuestro Divino Salvador no quería que sus discípulos se complaciesen ni siquiera en los milagros que en nombre del mismo Salvador hacían. Quiere que se gocen de que sus nombres estén escritos en el cielo. En esto, y en que Dios sea glorificado y las almas sean salvadas es en lo que el hombre debe gloriarse. Lo demás es todo vanidad y de ningún valor positivo.

14. Observando esta doctrina con toda fidelidad tendremos gran dominio de todas las inclinaciones de la naturaleza, gozaríamos de profunda paz en nuestra alma, y en las acciones más ordinarias y triviales daríamos mucha gloria a Dios y conseguiríamos grandes méritos para nosotros mismos, y seríamos útiles a muchos.

Que por esto dice el Santo Padre: «Mira que la flor más delicada más presto se marchita y pierde su color. Por tanto guárdate de querer caminar por espíritu de sabor, porque no serás constante; mas escoge para tí un espíritu robusto, no asido a nada, y hallarás dulzura y paz en abundancia; porque la sabrosa y durable fruta en tierra fría y seca se coge» (2).

Así, pues, cuando este genial maestro de espíritu quiere privar a las almas de todos los gustos y placeres, no sólo de los ilícitos que esto ya se entiende bien que debe ser así, sino también de los

(1) Luc. X-3 y sigs.

(2) Aviso 38.

lícitos y permitidos a gentes buenas, no es ciertamente para dejar definitivamente a las personas en un estado de atontecedor estoicismo, en un adormecimiento perpetuo de todas sus facultades.

Pensar eso de los Santos, especialísimamente de San Juan de la Cruz, sería injuriarles. Sería hacerles inaceptables y aun repulsivos a todos los espíritus rectos y sinceros. Sería atribuirles el intento de mutilar horriblemente a la naturaleza humana.

Pero, vive Dios, que no son así los Santos. No pretenden eso, ni lo practicaron ellos mismos, ni lo enseñaron a otros para que lo practicaran.

Y mucho menos pudieron ser jamás estos los intentos de San Juan de la Cruz, poseyendo un alma como es la suya, tan particularmente enriquecida de delicados y sublimes sentimientos.

15. El labrador corta sin piedad muchas ramas a los árboles y los deja hechos una lástima. No es ciertamente para ahogar la savia en ellos, sino para que, bien encaminada y dirigida, sean más abundantes las flores y frutos que estos árboles den.

He aquí también el intento de este gran cultivador de espíritu humano. Al parecer lo mutila desapiadadamente. Consagra una obra monumental, o mejor, todas sus obras inmortales, a enseñarnos como hay que privar a cada una de nuestras potencias y sentidos de lo que parecen ser sus objetos adecuados. Si en sus tratados incomparables de la «Subida del Monte Carmelo» y de la «Noche Oscura del Sentido» y «Noche Oscura del Espíritu», tan profunda y sagazmente se analizan todos los movimien-

tos del alma, es para recomendarnos la abnegación en todos los sentidos y potencias.

Y es seguro que si los lectores no entienden muy bien el intento del Santo, experimentarán sensaciones de frío y aun de tedio y desaliento. Y eso a pesar de las incomparables bellezas de estilo que campean en todas estas páginas, y del irresistible encanto de tantos pensamientos delicadísimos, a la vez que profundos, como espontáneamente brotan de la pluma de este gran pensador a lo divino.

Al parecer mutila moralmente al hombre, pero no quiere sino purificarle y elevarle. No intenta ahogar ni adormecer ninguna de nuestras legítimas facultades.

Al contrario, las quiere depurar de las mil impurezas que en este bajo mundo, todas inevitablemente contraen.

Ya depuradas, desea el Santo que se desenvuelvan a toda su libertad y holgura, para que, ya en este mundo, ayudada de la divina gracia, comience el hombre a pregonar las grandes bellezas morales e intelectuales de que Dios nos hizo capaces.

16. Quiero terminar este largo capítulo con un pasaje del Santo con el que, y con sus mismas palabras, quedará demostrado el intento del Santo en todas estas sus doctrinas de continua abnegación.

«El segundo provecho espiritual que saca el hombre en no se querer gozar a cerca de lo sensible, es excelente, conviene a saber: que podemos decir con verdad que de sensual se hace espiritual, y de animal se hace racional, y de hombre, camina a porción angelical: y que de temporal y humano se hace divi-

no y celestial. Porque, así como el hombre que busca el gusto de las cosas sensuales (o materiales) y en ellas pone su gozo, no merece ni se le debe otro nombre que esos que hemos dicho, a saber; sensual, animal, temporal, etc. así, cuando levanta el gozo de estos bienes sensibles, merece todos estos otros; conviene a saber, espiritual, celestial, etc.» (1).

Este es el fin de tanta abnegación. Veamos ahora, cómo según el mismo Santo cada potencia y cada sentido, ya depurados, comienzan a gozar, ya en esta vida, de sus objetos de un modo elevadísimo y lleno de encanto.

«Pero el tercer provecho, de esta absoluta negación, es que con grande exceso se le aumentan los gustos y el gozo de la voluntad temporalmente. Pues como dice el Salvador por uno le dan ciento (Matth. XIX-29). De manera que, si un gozo niegas, ciento tanto te dará el Señor en esta vida, espiritual y temporalmente; como también por un gozo que de esas cosas sensibles tengas, te nacerá ciento tanto de pesar y sinsabor. Porque de parte del ojo ya purgado en los goces de ver, se le sigue al alma gozo espiritual, enderezando a Dios todo cuanto oye, ahora sea divino, ahora humano lo que ve. De parte del oído purgado en el gozo de oír, se le sigue al alma ciento tanto de gozo muy espiritual. Y enderezando a Dios todo cuanto oye, ahora sea divino, ahora humano lo que oye. Y así en los demás sentidos ya purgados. Porque así como en el estado de la inocencia a nuestros primeros padres todo cuanto

(1) *Subida del Monte Carmelo*, Lib. III, Cap. XXV.

veían, hablaban y conocían en el paraíso les servía para mayor sabor de contemplación, por tener ellos bien sujeta y ordenada la parte sensitiva a la razón, así el que tiene el sentido purgado y sujeto al espíritu de todas las cosas sensibles, desde el primer movimiento saca el deleite de sabrosa advertencia y contemplación de Dios. De donde al limpio todo lo alto y lo bajo le hace más bien y le sirve para más limpieza... Mas el que no vence el gozo del apetito, no gozará de serenidad de gozo ordinario en Dios por medio de sus criaturas y obras»... En cambio el que está ya limpio de corazón, nos dice que «en todas las cosas halla noticia de Dios gozosa y gustosa, casta, pura y espiritual, alegre y amorosa» (1).

17. Toda la vida del Santo Padre fué la demostración práctica de esta admirable doctrina.

Nadie más austero que él en sus costumbres, y ninguno le pudo aventajar en suavidad de espíritu y en dulzura de carácter. Tan sólo abnegaciones quería él para todos sus sentidos y potencias, y no obstante poquísimas almas ha visto jamás el mundo, si es que alguna vió, tan henchidas como esta de íntimos gozos en Dios que así trascendiesen a todos sus actos y palabras. Por esto, porque su alma vivía anegada en divinos gozos, escribió ya en prosa ya en verso, siempre tan alto el pensamiento y con tanta ternura y suavidad en la forma que no ha tenido aun en lengua de Castilla, y quizá en otras lenguas tampoco, quien le aventaje. Pudo decir como el Apóstol: «Estoy enclavado con Cristo

(1) Ibidem.

en la Cruz» (1). Pero «en medio de mis tribulaciones estoy lleno de consolación y superabundo en gozo» (2). «Mi vivir es Cristo y el morir una ganancia» (3).

Pero citemos también para remate de este largo capítulo, siquiera un par de estrofas del gran poeta, que en delicadísimas cadencias expresa los mismos pensamientos que en su prosa incomparable. Escuchemos como canta al amor divino que le *hiere* y le *consume* y le *da vida*.

Oh llama de amor viva,
 Que tiernamente hieres
 De mi alma en el más profundo centro!
 Pues ya no eres esquiva
 Acaba ya si quieres
 Rompe la tela de este dulce encuentro.
 Oh cauterio suave!
 Oh regalada llaga!
 Oh mano blanda! Oh toque delicado,
 Que a vida eterna sabe
 Y toda deuda paga!
 Matando, muerte en vida la has trocado.

Pero sería nunca acabar, si cada trozo del Santo que nos encanta tuviéramos que copiar. Y así pasemos a parafrasear no más, ya que comentario no lo necesita, la última de sus Cautelas.

(1) Ad Galat. II-19.

(2) II ad Corin. VII-4.

(3) Philip. I-21,

en la Cruz» (1). Pero «en medio de mis tribulaciones estoy lleno de consolación y suspirando en gozo» (2). «Mi vida es Cristo y el morir una pascua» (3).

Pero otros también para temas de este largo capítulo, siguen en par de estrellas del gran poeta que en delicadísima cadencia expresa los mismos pensamientos que en su prosa incomparable. Escuchemos como canta al amor divino que le vive y le da vida.

Oh llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro,
Pues ya no eres espina,
Acaba ya si quieres
Rompe la tela de este dulce encuentro.
Oh cautivo suave!
Oh regalada libertad!
Oh mano blanda! Oh toque delicado,
Que a vida eterna abbes
Y toda deuda pagas.
Manda, manda en vida la luz recordada!

Pero sería nunca acabar, si cada verso del Santo que nos encanta fuéramos que copiar. Y del párrafo a parafrasear no más, ya que comentario no lo necesita, la última de sus Cantatas.

(1) Ad. Cant. 110.
(2) Id. Cant. 73.
(3) Id. Cant. 111.

CAPITULO XIX

NOVENA CAUTELA: TERCERA CONTRA LA CARNE

AMOR AL SUFRIMIENTO

1. TEXTO DEL SANTO.—2. PREFERIR EL DOLOR AL PLACER.—3. ES MUY GRANDE QUIEN SIEMPRE SE HACE SUPERIOR AL DOLOR.—4. CÓMO PUEDE SER QUERIDO EL SUFRIMIENTO.—5. EL DOLOR PUEDE SER QUERIDO PORQUE ESPÍA O SATISFACE.—6. PORQUE DEPURA Y HERMOSEA. EL PURGATORIO EN VIDA, INSIGNE BENEFICIO DE DIOS.—7. EL DOLOR ES AMABLE PORQUE TODO LO ALCANZA DE DIOS. PODER DE LAS LÁGRIMAS. DIOS LAS ATIENDE SIEMPRE QUE PROCEDEN DE UN CORAZÓN PURO.—8. EL DOLOR NOS ASEMEJA A N. S. JESUCRISTO.—9. LA CRUZ ES EL SÍMBOLO DEL DOLOR POR EL AMOR.—10. INSTRUCCIONES SOBRE EL SUFRIMIENTO DADAS POR N. SEÑOR A SANTA TERESA.—11. O PADECER O MORIR. LOS SANTOS Y EL DOLOR.—12. LA PSICOLOGÍA DE LOS SANTOS Y DE LOS HOMBRES DE MUNDO.—13. LAS ALMAS CONSIGNADAS A DIOS NO TENEMOS DERECHO A LA IGNORANCIA NI AL DESAMOR DEL SUFRIMIENTO.—14. PRIMERA CLASE DE SUFRIMIENTOS.—15. SEGUNDA CLASE DE SUFRIMIENTOS.—16. SUFRIMIENTOS VOLUNTARIOS. PASAJE DEL SANTO.—17. SÍNTESIS DE LA DOCTRINA DEL SANTO.

1. «La tercera Cautela sea, que nunca en los ejercicios el varón espiritual ha de poner los ojos en lo sabroso de ellos para asirse a ellos, y por sólo aquello hacer los tales ejercicios; ni ha de huir lo amargo de ellos, antes ha de buscar lo trabajoso y desabrido y abrazarlo. Con lo cual se pone freno a la sensualidad. Porque de otra manera, ni perderás el amor propio, ni ganarás el amor de Dios».

2. El gran asceta del Carmelo no se contenta con que no pongamos afición a los gustos que podemos encontrar en alguna de nuestras acciones, como nos recomendó en la Cautela precedente. En esta nos dice que hemos de preferir a lo deleitable y fácil, «lo trabajoso y desabrido». Y que es preciso, no sólo resignarse a lo que a la pobre naturaleza desagrada, sino que es necesario quererlo de corazón y «abrazarlo» como se abraza lo que mucho se quiere y aprecia.

Esta es la doctrina especial y característica de este finísimo amante de la Cruz. Estas son las primeras lecciones que dá a los que quieren seguir su doctrina. Al alma que comienza a subir las primeras estribaciones del místico monte de la perfección, le dice el Santo: «Cualquier gusto que se le ofrece a los sentidos, como no sea puramente para honra y gloria de Dios, renúncielo y quédese vacío de él por amor de Jesucristo, el cual en esta vida no tuvo otro gusto, ni lo quiso, que hacer la voluntad de su Padre, lo cual llama El su comida y su manjar. «Pongo ejemplo: Si se le ofreciere gust-

to en oír cosas que no importan para el servicio de Dios, ni las quiera gustar, ni las quiera oír. Y si le diere gusto mirar cosas que no le lleven más a Dios; ni quiera el gusto, ni mirar tales cosas. Y si en hablar o en otra cualquier cosa se le ofreciere, haga lo mismo. Y en todos los sentidos ni más ni menos. en cuanto lo pudiere excusar buenamente» (1).

Esto en cuanto a los sentidos corporales. Y del mismo modo quiere el Santo Padre regular las afecciones del alma. Para lo cual nos da estos célebres avisos:

«Procure siempre Inclínarse no a lo más fácil, sino a lo más difícil.

»No a lo más sabroso, sino a lo más desabrido.

»No a lo más gustoso, sino a lo que no da gusto.

»No a lo que es consuelo, sino antes a lo que es desconsuelo.

»No a lo que es descanso, sino a lo trabajoso.

»No a lo más, sino a lo menos.

»No a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado.

»No a lo que es querer algo, sino a no querer nada.

»No andar buscando lo mejor de las cosas, sino lo peor.

Y estas obras conviene las abrace de corazón, y procure allanar la voluntad en ellas. Porque, si de corazón las obra, muy en breve vendrá a

(1) *Sub. del Monte Carm.*, Lib. I, Cap. XIII.

hallar en ellas gran deleite y consolación obrando ordenada y discretamente» (1).

Según la doctrina ascética del Santo Padre, de la cual esta última Cautela es una síntesis, en toda nuestra vida deberíamos preferir siempre, lo dificultoso a lo fácil; lo amargo, desabrido y trabajoso, a lo que es dulce, deleitable y sabroso; y lo que nos abate y humilla, a cuanto nos podría honrar y enaltecer. Quiere en fin, que cuantas veces esté a nuestro alcance la elección, nos quedemos con lo que nos mortifique y humille, dejando para los demás lo que nos podría complacer y ensalzar.

3. Esta doctrina es la más alta recomendación del dolor, cualquiera que sea la forma en que se nos presente, sea físico sea moral, corporal o espiritual. Parece que debería ser suficiente para la virtud el que soportásemos el dolor con dignidad y fortaleza, cuando no se le puede evitar, y que lo afrontásemos con valentía, cuando se interpone entre nosotros y el deber.

Muy grande es ciertamente el hombre que por ninguna dificultad, trabajo o molestia, deja de cumplir sus obligaciones, así las grandes como las pequeñas. Verdaderas maravillas hace quien se muestra siempre superior al dolor, de tal manera que no permita que le impida nada el que pronta y alegremente ejecute todas las acciones más ordinarias de la vida. Quien no cede al dolor algo de la paz y alegría de su corazón, ni de la energía de su

(1) *Ibidem.*

espíritu, es una alma realmente superior, porque a las personas dotadas de menor temple, el sufrimiento las hace al menos un poco remisas en el cumplimiento de sus deberes en la vida ordinaria. Parece, pues, que la virtud, por grande que sea, no debe exigirnos más, sino que nos hagamos siempre superiores al dolor o sufrimiento.

4. Pero el Santo Padre no se contenta con esto. Quiere que tengamos por el dolor verdaderas preferencias. No le basta al austerísimo Reformador del Carmelo el que soportemos valientemente el dolor; quiere que lo busquemos y abracemos como se busca y abraza a un objeto querido.

Más el ser querido parece que es contra la naturaleza misma del dolor. Cualquiera que sea su índole, el dolor es siempre *carencia advertida de un bien*, o de algo que el paciente estima como conveniente para sí. Y por esto nos dice el Angel de las Escuelas que el dolor de suyo siempre es un mal para el que lo sufre (1).

Pero, como, el mismo Doctor advierte, aunque el sufrimiento de suyo es un mal para el que lo tiene que soportar, muchas veces es causa de grandes bienes; y en este sentido, puede ser muy codiciado y querido por las almas que bien lo entienden.

Ese enfermo encuentra malísimo al paladar ese medicamento, y no obstante lo desea ardentemente, porque cree que esa medicina amarguísima le devolverá la salud perdida. Y ese otro mira con

(1) I-II. Q. XXXIX-a. 1.

carifio la mano del cirujano que le amputará un miembro, porque estima que es necesario perder ese miembro para poder vivir.

Así acontece también con el dolor. Ningún Santo ha dicho jamás que el sufrir moral o físicamente sea de suyo un bien deseable. Amaron ellos el dolor y nos lo recomiendan como origen o causa de grandes bienes, pues son muchos los que de él proceden; los cuales se pueden reducir a estos cuatro grupos.

5. 1. *El dolor expia o satisface.* Por todo desorden que cometemos en la codicia o satisfacción de cualquiera de nuestros gustos, o placeres, contraemos una deuda con la justicia. Y tanto más grande es esa deuda cuanto mayor ha sido el desorden en el placer. Por esto se dice en el apocalipsis: «Dadle tanto de tormento cuanto se glorificó y en delicias se complació» (1). Y esto ha de entenderse no sólo de los graves desórdenes, sino también de esa multitud de faltas, al parecer insignificantes, que se cometen tan fácilmente en la vida ordinaria. Muchas veces faltamos a nuestros pequeños deberes, ya para permitirnos algunos ligeros goces, ya para evitarnos ciertas molestias. Y para cada uno de esos desórdenes, por pequeños que parezcan, contraemos la deuda de una pena, o dolor proporcionado; porque ya nos advierte N. D. Redentor, que en el gran día de nuestro saldo habremos de rendir cuenta hasta del más mínimo

(1) Apoclp. XVIII-7.

gusto que tuvimos en proferir cualquier palabra ociosa (1).

De esas pequeñas responsabilidades está llena la vida ordinaria de cada hombre por muy ordenada que parezca. Que por esto decía David: «Mis faltas me rodearon, y no pude ni ver. Se multiplicaron sobre los cabellos de mi cabeza y desfalleció mi corazón» (2).

De ninguna de estas faltas nos hará gracia la Divina justicia. «Cada uno dará razón de sí a Dios» (3). Y «el fuego probará lo que sean sus obras» (4).

Por cada desordenado placer, por pequeño que sea, hemos de pasar por el fuego del amor paciente aquí, o por el fuego consumidor de allá. Si el hombre no se purifica voluntariamente en esta vida por la penitencia, esto es, aceptando y soportando con resignación un dolor proporcionado al placer desordenado que se tomó, lo purificará la tremenda justicia de Dios en la otra, mediante el fuego abrasador.

Por esto nos dice el Eclesiástico: «Sino hiciéramos penitencia, caeremos en las manos del Señor» (5).

Y las expiaciones son incomparablemente más fáciles en esta vida que en la otra. Porque aquí son voluntarias y libres, y el Señor, que es infinitamen-

(1) Matth. XII-36.

(2) Psalm. XXXIX-13.

(3) Rom. XIV-12.

(4) I ad Corint. III-13.

(5) Eccí. II-22.

te bueno, con un poco de sincera penitencia, disimula los pecados de los hombres (1).

Por esto nos dice también N. D. Redentor: «Cuando vas con tu adversario a presentarte ante el Príncipe, procura durante el camino librarte de él, no sea que te entregue al juez, y el juez te entregue al guardián, y el guardián te meta en la cárcel; porque te digo que no saldrás de allá, mientras no pagues hasta el último maravedí» (2).

El dolor unido al amor es, pues, el único que posee una gran virtud expiatoria, o satisfactoria; lo único con que podemos pagar a la justicia Divina por nuestros desórdenes.

Es verdad que Nuestro Señor Jesucristo por su inmenso dolor satisfizo por los pecados del mundo. Pero también lo es que San Pablo decía: «Me complazco en mis sufrimientos por vosotros para suplir en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo» (3).

Y está claro que a los sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo no les falta sino nuestra cooperación para que nos sean aplicados.

Así el dolor puede ser querido en cuanto, soportado con amor, contiene una gran virtud expiatoria. Por esto lo buscan con interés, y lo abrazan con cariño las almas que conocen su valor y ansían aplacar pronta y fácilmente a la justicia Divina.

(1) Sap. XI-24.

(2) Luc. XII-58 y 59.

(3) Colos. I-24.

6. II. *El dolor depura y hermosea.* Todo placer, más o menos pecaminoso, no sólo constituye a las almas deudoras ante la Justicia Divina, sino que también las afea y empobrece.

Los dejes del primer gusto desordenado de la humanidad, habidos en la persona de Adán, infiltrados quedaron en lo más íntimo de la naturaleza humana. Por esos amargos dejes está profundamente empobrecido y deformado todo nuestro ser. Y cada uno con sus desórdenes personales acrecienta en sí mismo aquella primitiva deformidad.

He aquí una persona que goza, sintiéndose poseedora de los preciosos dones de juventud y belleza, talento y gracia. La bondad y la fé realzan en ella sus naturales encantos. Su trato deleita y ayuda al espíritu a elevarse, y a pensar en regiones mejores que estas en que ahora vivimos.

Pero sigamos observando atentamente a esa feliz criatura. Si el dolor, de algún modo, no viene en su ayuda, no se podrá sostener en esas alturas. Gozando mucho y no sufriendo nada con amor, necesariamente tiene que desmerecer, a pesar de sus dotes encantadores.

Míradla después de algún tiempo: Aun conserva sus encantos en su plenitud; pero ya no atraen, ni satisfacen como antes. Es que a través de esas dotes se nota ya en su persona algo que no agrada... Y, cuanto mejor se la observa, y más se la ve gozar, con mayor claridad se advierte en ella algo que la hace repulsiva a pesar de sus muchos encantos. Atrae y repele a la vez.

Es porque en este mundo el placer, que no es sostenido por el sufrimiento dignamente soportado, crea y fomenta egoísmo y orgullo. Y estos vicios, además de que nunca están mucho tiempo solos, ya de por sí empobrecen las almas, y pronto las deforman de la manera más lastimosa.

En cambio, fijémonos en esas otras personas a quienes el dolor ha trabajado ya mucho, sin abatirlas jamás.

Las hay que son tan generosas, que miran con mayor cariño al cielo cuanto más la tierra las hace sufrir.

Su dolor no les sirve sino para extender e intensificar su paciencia y su amor.

Sus encantos naturales se conservan mucho más tiempo que en las primeras, y no desaparecen sino para transformarse en otros todavía más bellos.

Cuando el sol desaparece del horizonte, aun nos deja esos crepúsculos, que de tal manera embellecen nuestras montañas y nuestro cielo, y deparan tan íntimos e inefables sentimientos a todos los espíritus delicados.

Así el dolor, visitando a las almas que lo saben comprender y soportar, las priva de muchos gozos, pero les depara otros mejores, pues les cura de sus egoísmos, las limpia de los restos de todo placer desordenado, y las va habilitando para que se hagan capaces de amar en esas alturas de pureza y de honor, de libertad y constancia, en la que algunas almas, ya desde esta vida comienzan a imitar a los bienaventurados del cielo.

Pero a tales alturas ningún corazón sube, sino después que mucho ha sufrido y llorado.

Dolor y amor son las dos alas del alma en este mundo. Solo gozar sin querer sufrir, embrutece; y sufrir sin amor, exaspera y degrada.

Luego el dolor, suavizado y sostenido por el amor, es elemento necesario para que las almas se depuren y hermosteen. Y, si de esta manera no son purificadas en este mundo, tendrán que serlo en el otro.

Por esto San Juan de la Cruz desea que las almas más escogidas de Dios pasen su purgatorio en este mundo, mediante «oscura noche de fuego amoroso» como él mismo dice en su lenguaje bellísimo.

El purgatorio tiene por objeto depurar a las almas de esas deformidades que en ellas dejó el pecado. Y así, quitados esos dejos que les afean, el fuego del purgatorio no puede tener acción sobre ellas; no las podría molestar, aunque en medio de aquellas llamas estuviesen. «Porque» como el mismo Santo dice de las que están en el purgatorio, «el fuego no tendrá en ellos poder, aunque se les aplicase, si ellos no tuviesen imperfecciones en que padecer, que son la materia en que allí prende el fuego; la cual acabada, no hay más que arder. Como aquí, acabadas las imperfecciones, se acaba el penar del alma, y queda el gozar» (1).

Y por consiguiente, es un insigne beneficio de

(1) *Noche oscura del espíritu*, Cap. X.

Dios para las almas esforzadas, el que puedan padecer en este mundo, pues purificándose así, abrevian su purgatorio, y pueden llegar a purificarse tanto, a fuerza de ese *fuego amoroso*, que el fuego de allá no pueda ya tener acción alguna contra ellas.

Oigamos de nuevo al Santo: «Así como se purifican los espíritus en la otra vida con fuego tenebroso y material, en esta vida se purgan y limpian con fuego amoroso, tenebroso y espiritual. Porque esta es la diferencia, que allá se limpian con fuego, y acá se limpian e iluminan solo con amor» (1).

7. III. *El dolor es impetratorio*. Con razón se ha dicho que en el orden moral nada hay tan poderoso como las lágrimas. Cuando son sinceras (y es lo más difícil de falsificar) son el lenguaje del alma que ama y sufre. Porque quienes padecen sin amor, no lloran, sino ordinariamente blasfeman.

Y ese lenguaje de las lágrimas cuando se le cree sincero, tiene tan gran fuerza de insinuación, que hay muy pocas personas buenas que lo puedan resistir.

Dios ha querido que el corazón fuera naturalmente débil ante el dolor paciente y suplicante, y sobre todo, cuando es también afectuoso. Lo que no obtienen las sonrisas, lo alcanzan las lágrimas. Y lo que no se otorga al que pide sonriente y gozoso, se concede al que llorando ruega.

Dios es también así. Por el corazón humano en

(1) Ut supra, Cap. XII.

lo que este tiene de bueno quiere Dios que adivinemos como es el suyo. Y El nos declara que tiene sus encantos con los que padecen, a los cuales nada les sabe negar, cuando a El acuden. «Porque se ablandó tu corazón y lloraste delante de mi, yo también te escuché dice el Señor» (1).

Y el Sabio dice de los buenos que padecen: «Aunque ante los hombres sufren tormentos, su esperanza está llena de inmortalidad» (2). Y San Pablo decía tan lleno de gozo: «Padezco todas estas cosas y no me confundo, porque sé bien en quien he creído» (3).

Y Nuestro Señor Jesucristo proclamó bienaventurados a los pobres de espíritu, a los que lloran, a los que tienen hambre y sed de justicia, a los que por causa de la justicia son perseguidos, a los que son calumniados y ultrajados» (4), esto es a todos los que sufren. Y prometió espléndidas recompensas por cada sufrimiento soportado con resignación.

Y el Señor promete muy especiales bendiciones también a quien favorezca al que sufre: «Ayuda al que padece de mano del poderoso, y serás como hijo del Altísimo, y mejor que una madre se apiadará El de tí» (5).

Y Nuestro D. Redentor repitió muchas veces aquella tiernísima palabra «misereor». «Me dan compasión las turbas porque no tienen que comer» (6).

(1) Paralip. XXXIV-27.

(2) Sap. III-4.

(3) II ad Timot. I-12.

(4) Matth. V-3 y sigs.

(5) Eccl. IV-11.

(6) Matth. XV-32.

Y casi todos los milagros que refiere el Santo Evangelio fueron obrados por la compasión que Jesús sentía por aquellos a quienes veía sufrir. Una viuda desolada, que acompaña el cadáver de su hijo único; un padre amante y tierno que contempla muerta a su hija de 12 años; dos hermanas desoladas que lloran inconsolables sobre el sepulcro de su hermano. He aquí los tres augustos dolores que arrancaron de la Omnipotencia de Jesús los tres grandes milagros de haber tornado a la vida otros tantos muertos.

Es que Dios no desatiende nunca los gemidos de un corazón creyente, puro y amante. Es omnipotente y felicísimo y no se deja vencer sino por la debilidad que sufre.

Por esto nos dice por Isaías: «Se estremecerán los montes y temblarán los valles, pero la misericordia mía no te faltará a tí, que eres *pobrecita y agitada por la tempestad, y estás sin consolación*» (1).

Para Dios no hay recomendación tan eficaz como el sufrimiento, soportado con fe y con amor. Las lágrimas de un corazón puro, afectuoso y resignado lo alcanzan todo de Dios y de los hombres. Por esto los Santos y todas las almas de gran fe estimaron mucho el dolor, porque sabían que era el medio más eficaz para atraer sobre sí las miradas y bendiciones de la Providencia.

8. IV. *El dolor nos asemeja a Nuestro Señor*

(1) Isai. LIV-. 11

Jesucristo. Para las almas verdaderamente delicadas el gran encanto del dolor está en la perfecta semejanza que ven entre el Divino Salvador y los corazones que padecen. San Pablo nos dice que Dios admite en su gloria a los que se han hecho conformes o semejantes a la imagen de su Hijo (1). Y esta semejanza ha de ser por sufrimiento. Porque es N. S. mismo quien decía a todos: «El que quiera venir en pos de mí, niégase a sí mismo, tome su Cruz cada día y sígame» (2). Porque «el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí» (3).

He aquí por qué los Santos consideraban como una gracia muy especial el poder sufrir algo por Cristo. Y así decía San Pablo a los Philipenses: «A vosotros se os concedió no sólo el que creáis en Cristo sino también el que por El padezcáis» (4). «Para vivir yo en Dios estoy muerto a la ley, enclavado con Cristo en la Cruz» (5).

Para las almas de gran fe esta vida tiene valor solo en cuanto en ella se puede sufrir algo por amor, lo que a los Bienaventurados no les está concedido. Y así dice tan delicadamente Nuestro Santo Padre: «Desea hacerte algo semejante en el padecer a este gran Dios nuestro, humillado y crucificado, pues que esta vida, sino es para imitarle, no es buena; ¿qué sabe el que por Cristo no sabe padecer?. Cuan-

(1) Rom. VIII-29, 30.

(2) Luc. IX-23.

(3) Matth. X-38.

(4) Philip. I-29.

(5) Galat. II-19.

do se trata de trabajos, cuanto mayores y más graves son, tanto mayor es la suerte del que los padece» (1).

Por esto según nos dicen los biógrafos del Santo Padre, quedó arrobado en éxtasis una vez que escuchó este dulce canto al dolor, entonado por otra alma que, como la suya, estaba también afectuosamente enamorada de los sufrimientos:

Quien no sabe de penas

En este triste valle de dolores

No sabe de buenas,

Ni ha gustado de amores

Que penas es el fraje de amadores.

(2) 9. Y Nuestro Señor Jesucristo fué puesto en la Cruz para que, con un amor infinito y unos sufrimientos que jamás el hombre podrá sondear, redimiese al mundo, y desde entonces la Cruz ha venido a ser el símbolo del amor y del dolor. Y por esto tiene un atractivo irresistible para las almas grandes.

San Pablo lloraba cuando pensaba que había hombres que eran enemigos de la Cruz de Cristo (2). Y sólo en la Cruz admitía glorias o alegrías (3).

Y Nuestro Santo Padre no sabía vivir sin Cruz, esto es, sin dolores. Y decía a una de las almas que tuvieron la dicha de ser por él dirigidas: «Con-

(1) Avisos 85 y 87.

(2) Philip. III-18.

(3) Galat. VI-14.

viene que no nos falte cruz, como a nuestro Amado hasta la muerte de amor. El ordena nuestras pasiones —o sufrimientos— en el amor de lo que más queremos, para que mayores sacrificios hagamos y más valgamos (1). Llama él a la cruz el báculo necesario en que nos hemos de apoyar para andar con alivio y suavidad este camino de la vida (2). Las armas con que hemos de vencer a nuestros enemigos (3), el árbol de vida, debajo del cual Jesús se desposó con la naturaleza humana, y se desposa ahora con las almas que le aman (4).

10. Como confirmación de todo esto, copie-
mos con respeto esta hermosísima instrucción que
Nuestro Divino Salvador mismo dió a su hija pre-
dilecta, N. S. Madre Santa Teresa de Jesús:

«¿Piensas, hija que está el merecer en gozar? No está sino en obrar y en padecer y en amar. No habrás oído que San Pablo estuviese gozando de los goces celestiales más de una vez, y muchas, que padeció, y ves mi vida toda llena de padecer, y sólo en el monte Tabor habrás oído mi gozo. No pienses cuando ves a mi Madre que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin grave tormento. Desde que le dijo Simeón aquellas palabras, la dió mi Padre clara luz para que viese lo que había de padecer. Los grandes Santos que vivieron en los desiertos, como eran guiados por

(1) Carta 10.

(2) *Subida del M. C.*, Lib. II, Cap. V.

(3) Cant. Espir. Can, III.

(4) *Ibid.* Can. XXIII.

Dios, así hacían graves penitencias, y sin esto tenían grandes batallas con el demonio y consigo mismo; mucho tiempo se pasaban sin ninguna consolación espiritual. Cree, hija, que a quien mi Padre más ama da mayores trabajos y a estos responde el amor. ¿En que te le puedo más mostrar que querer para tí lo que quise para Mí? Mira estas llagas, que nunca llegaron aquí tus dolores. Este es el camino de la verdad. Así me ayudarás a llorar la perdición que traen los del mundo, entendiéndolo tu esto, que todos sus deseos y cuidados y pensamientos se emplean en cómo tener lo contrario... Por aquí verás el premio del padecer, que como no estabas tú con salud para hablar conmigo, he Yo hablado contigo y regaládote» (1).

11. Así, siendo tan divinamente adoctrinada la Santa, no es extraño que, como ella misma dice, no supiera vivir sin sufrir. De aquí su hermoso lema: «*O padecer o morir*».

Teniendo tan alto concepto del dolor se comprenden los ardientes anhelos que de sufrir todos los Santos han tenido.

Ellos temían a la justicia de Dios no tanto por sí como por los demás, a quienes, siendo Santos, sinceramente amaban. Y sabían que con el dolor era muy fácil satisfacerla y aplacarla. Deploraban amarguísimamente, puesto que también las conocían, las deformidades que el pecado deja en las almas, y conocían la gran virtud que el dolor con-

(1) Relación XXXVI.

tiene para depurarlas. Sentían la necesidad que las almas tienen de las bendiciones de Dios y sabían con cuánta facilidad el dolor resignado alcanza cuanto quiere. Y por último, no ignora, en que la mayor gloria del hombre es asemejarse a Jesucristo, y que esta semejanza no se consumará allá por la gloria, si acá no se comienza y continúa por el amor y la paciencia.

Amaban, pues, el dolor, en cuanto satisface a la justicia, depura las almas, les obtiene de Dios especialísimas bendiciones y las asemeja al Redentor que fué y se quiso llamar «Varón de dolores y concedor de la enfermedad» (1).

12. Por esto fueron una perfecta oposición a los pensamientos y a los deseos del mundo. Amaron con ardor los sufrimientos que el mundo tan cordialmente aborrece; buscaron con afán lo que el mundo a todo coste quiere evitar; y estimaron como símbolo de sabiduría, de honor y de dicha, lo mismo que los hombres reputaron como locura, desgracia e ignominia.

Desde esta alta concepción del sufrimiento todo se explica en los Santos y en los hombres de fé; todo es lógico y armónico en ellos, sus pensamientos, sus aficiones y sus obras. Como se explica también en los mundanos su modo de sentir y de obrar. Sus pensamientos y afectos son contrarios porque opuestos son sus puntos de vista. Para los primeros el dolor en esta vida es como

(1) Isai. LIII-3.

una riquísima mina de tesoros y grandezas, que hay que explotar. Y para los últimos una desgracia que a todo coste hay que evitar.

¿Quiénes están en lo cierto y en lo seguro? Los del mundo quizá tendrán alguna disculpa en su ignorancia.

13. Más, los que tuvimos el honor de consagrarnos a Dios, y que tantas veces hemos meditado junto a la Cruz del Salvador, no podemos ignorar los grandes misterios del dolor; no tenemos derecho a ignorar las prodigiosas virtudes que Dios ha ocultado en el sufrimiento.

Ni tampoco podemos excusarnos de abrazar lo que a la pobre naturaleza repugna. La resolución la hicimos ya al tomar el estado que tenemos. Volver atrás, aunque no fuera más que con el afecto, sería cobardía; y además, haríamos injuria al Divino Salvador que primero anduvo este camino de dolor que nosotros andamos.

Y también perderíamos nuestro premio inmortal, porque ya nos dijo Nuestro Señor Jesucristo: «Ninguno que, puesta la mano en el arado, vuelve la vista atrás, es apto para el reino de los cielos» (1).

Y ese reino de los cielos sufre violencia, nos dice el mismo Salvador, y únicamente los esforzados que se hacen violencia lo arrebatarán (2). El camino que conduce a la vida es muy estrecho (3),

(1) Luc. IX-62.

(2) Matth. XI-12.

(3) Matth. VII-14.

y penoso, y muy cuesta arriba, y para no resbalar y fatigarse hasta el desaliento, es preciso apoyarse en el báculo de la mortificación y del dolor.

Y ahora se entiende perfectamente porque el Santo Padre, como remate precioso de estos avisos o Cautelas que dió a sus hijos, dice que no basta soportar lo desabrido o doloroso que nos quiera impedir el cumplimiento de alguno de nuestros deberes, sino que es conveniente también «*buscar* lo trabajoso y desabrido y abrazarlo. Con lo cual se pone freno a la sensualidad. Porque de otra manera, no perderás el amor propio, ni ganarás el amor de Dios».

Con el sufrimiento voluntario y generoso, la sensualidad queda muy presto vencida, y crece el amor a Dios y por consiguiente el amor propio se destruye, o al menos queda dominado.

Cumpliendo con ordinario cuidado y gran fidelidad esta Cautela, muy pronto se llegará a muy alta perfección. Porque así se perderá el miedo al dolor.

Para mayor claridad de todo lo expuesto en este capítulo y a fin de que se vea como en compendio todo el fruto práctico que de todo lo dicho podemos sacar, quiero reducir a tres clases los sufrimientos o molestias que podremos experimentar.

14. Primeramente los que nuestro estado nos impone directamente a todos.

Segundo, las que son hijas de las circunstancias personales de cada uno.

Tercero, las que dependen de nuestra voluntad.

Pertenecen a la primera clase todas las molestias que se derivan del cumplimiento de todos los puntos de la ley y de la obediencia a los Superiores. Tales son, ayunos, penitencias, vida de retiro, abnegación de la propia voluntad y juicio, mil privaciones, largas horas de oración, etc., etc.

Todo esto es inherente al estado religioso. Cada uno lo ha de tener conocido y muy meditado antes de ligarse con voto a ningún instituto religioso. Nadie puede creerse dispensado de ellas, sino en caso determinado, y por la autoridad competente, pues, por molesto que sea el cumplirlas, son obligaciones inherentes a la propia vocación.

Y por consiguiente, quien procurase verse libre de esa clase de sufrimientos o molestias, daría prueba de que comienza a flaquear en su vocación, pues le disgusta lo que de su vocación es inseparable. Si ya al principio le desagradaba ¿por qué, por juramento o voto se obligó a cumplirlo?. Y si antes le parecía excelente, ¿porqué ahora lo tiene en tan poca estima, que por no soportar una pequeña molestia, deja de cumplirlo?.

A un alma así se le podría argüir con el enérgico lenguaje de San Pablo a los primeros fieles de Galacia. ¿A tanta necedad y locura veniste a dar, pobre alma, que por no mortificarte vengas a perder en tu egoísmo lo que con tanto espíritu y devoción comenzaste? (1).

(1) Ad Galat. III-3,

Y por consiguiente, *el primer grado de penitencia* o de mortificación, ha de ser aceptar todas aquellas molestias, o sufrimientos que directamente nos vienen del cumplimiento de nuestras leyes.

Quien en esto se descuidara habitualmente, y pusiera gran cuidado en ver como librarse, con alguna apariencia de razón, de las molestias de asistir a la oración, del retiro, etc., sería en verdad una persona bien digna de lástima. Aun no habría subido ni un paso por el alto monte de la perfección religiosa.

Para almas así, si alguna hubiera, no se que se les puedan aplicar estas Cautelas. Puesto que el Santo Padre en todas sus obras se dirige a las almas que con ánimo decidido han comenzado a subir por las sendas de la perfección. Y está claro que quienes ni la letra de la ley cumplieron en cuanto pudieron, todavía no habrán entrado en espíritu por este místico Carmelo.

A las tales almas el Santo Padre creo que no tendría que decirles más que las palabras terribles que ya citamos antes. Sino vinisteis a cumplir fielmente las obligaciones de vuestro estado «no había para que venir a la religión, sino estarse en el mundo buscando su consuelo, honra y crédito y sus anchuras».

15. Pertenecen a la segunda clase de sufrimientos todas aquellas molestias que no dependen de nuestra voluntad, ni directamente de las leyes de nuestro instituto, sino que son hijas de las circunstancias en que nos encontramos, como enfer-

medades, inconvenientes del lugar, del oficio o cargo, de la ocupación, de la compañía, etc. etc.

Todo esto nos depara un género de penitencia sumamente provechoso y seguro. Sin faltar a la ley, al menos en cuanto a la letra, podremos poner diligencias para evitarnos algunas de estas molestias, sobre todo lo que depende de los Superiores el dispensárnoslas, al menos en parte; como procurar que nos den ocupaciones que nos agradan, en vez de otras que nos disgustan, que nos cambien de lugar, etc.

Para este caso es excelente la penúltima Cautela del Santo Padre que ya comentamos en el capítulo precedente. Las molestias que se nos presentan es convenientísimo no rechazarlas, sino afrontarlas con ánimo generoso. Esto ya deja aparte la propia inclinación y cede el lugar a la conciencia. El alma que así se resigna a soportar los sufrimientos que le salen al encuentro, ya va subiendo por la montaña de la virtud; y, sino se desanima, ante ninguna contrariedad, pronto llegará a lo más alto de la perfección.

16. — Está claro que es mejor el alma que ya no tiene miedo a los sufrimientos, sino que, conociendo y sintiendo su gran valor, los desea y los busca, sobre todo los que son espirituales o morales.

Todo lo que son golpes recios al orgullo, al egoísmo, cuanto más fuertes mejor, si el ánimo no falta.

Esta es la penitencia más excelente; es la más recomendada por el Santo Padre, particular en esta

Cautela, cuando nos dice que busquemos lo más desabrido en todo. Ya se ve que esto se entiende especialmente en lo moral y espiritual.

La penitencia corporal es excelente, en particular aquella que está perceptuada por la ley, es necesario guardarla. Pero buscar otras voluntariamente es un poco peligroso.

Mas los golpes al amor propio no traen peligro alguno; son muy sanos para el espíritu y para el cuerpo también. El alma que los sabe soportar sin abatimientos y sin quejas, es ya admirable. La que llega ya a desearlos y los busca es de la casta de los santos. Si continúa, pronto llegará a la más alta cumbre de la espiritualidad, porque el dolor, generosamente soportado, y aun codiciado, tiene grandísima virtud ascendente.

De esas almas dice el Santo que les es «sabrosísimo y provechosísimo el padecer, porque el padecer les es medio para entrar más adentro en la espesura de la deleitable sabiduría de Dios; porque *el más puro padecer trae más íntimo y puro entender. Y por consiguiente, más puro y subido gozar, por que es de más adentro saber...* Oh! si se acabase ya de entender, cómo no se puede llegar a la espesura y sabiduría de las riquezas de Dios que son de muchas maneras, sino es entrando en la espesura de padecer de muchas maneras, poniendo en esto el alma su consolación y deseo... Para entrar en estas riquezas de su sabiduría, la puerta es la Cruz, que es angosta, y desear entrar por ella, es de po-

cos. Mas desear los deleites a que se viene por ella, es de muchos» (1).

Dichosas las almas que entienden este language del Santo Padre, y se saben apropiiar sus enseñanzas! Es seguro que, cumpliendo fielmente aunque no sea más que estas nueve Cautelas, pronto llegarán a la perfecta paz y al refrigerio del Espíritu Santo, que al principio de estos avisos el Santo promete.

17. Como digno remate de estos comentarios quiero trasladar aquí una página del Santo, en la que se contiene una síntesis completa de la admirable doctrina ascética de este finísimo amante de la Cruz, y sapientísimo maestro de espíritu.

Comenta aquel pasaje del santo Evangelio, en el que Nuestro Señor Jesucristo nos dice: «Si alguno quiere seguir mi camino, niéguese a sí mismo y tome su Cruz y sígame. Porque el que quisiere salvar su alma, perderla ha: y el que por mí la perdiere, ganarla ha.» (2). Y luego discurre así el Santo:

¡Oh, quién pudiera aquí ahora dar a entender y ejercitar y gustar lo que está encerrado en esta tan alta doctrina que nos da aquí nuestro Salvador de negarnos a nosotros mismos, para que vieran los espirituales cuán diferente es el modo que en este camino les conviene llevar, del que muchos de ellos piensan! Los cuales entienden que basta cualquier

(1) *Cántico espiritual*, Canción XXXVI.

(2) Marc. VIII, 34 y 35.

manera de retiramiento y reformation en las cosas: y otros se contentan con, en alguna manera, ejercitarse en las virtudes, y continúan la oración, y siguen la mortificación; más no llegan a la desnudez y pobreza, y enagenación espiritual y pureza (que todo es uno) que aquí nos aconseja el Señor; porque todavía antes andan a cebar y vestir su naturaleza de consolación y sentimientos espirituales que a desnudarla y negarla en eso y en esotro por Dios. Que piensan que basta negarla en lo del mundo, y no aniquilarla y purificarla en la propiedad espiritual. De donde les nace que en ofreciéndoseles algo de esto sólido y perfecto, que es la aniquilación de toda suavidad en Dios, en sequedad, en sinsabor, en trabajo, lo cual es Cruz pura espiritual, y desnudez de espíritu pobre de Cristo, huyen de ello como de la muerte. Y sólo andan a buscar dulzuras y comunicaciones sabrosas y gustosas en Dios, que no es la negación de sí mismos ni desnudez de espíritu, sino golosina de espíritu. En lo cual espiritualmente se hacen enemigos de la Cruz de Cristo, porque el verdadero espíritu antes busca lo desabrido en Dios, que lo sabroso: y más se inclina al padecer que al consuelo: y más a carecer de todo bien por Dios que a poseerlo: y a las sequedades y aflicciones, que a las dulces comunicaciones, sabiendo que esto es seguir a Cristo y negarse a sí mismo, y esotro por ventura es buscarse a sí mismo en Dios, lo cual es harto contrario al amor. Porque buscarse a sí mismo en Dios es buscar los regalos y recreaciones de Dios. Más

buscar a Dios en sí, es no sólo querer carecer de eso y de esotro por Dios, sino inclinarse a escoger por Cristo todo lo más desabrido, ahora de Dios, ahora del mundo: y esto es amor de Dios» (1).

Y para que esto no cause desaliento a la pobre naturaleza humana, el Santo advierte a continuación que las asperezas de este camino son más aparentes que reales, porque el Señor favorece de manera muy especial a los que son tan generosos que ya no quieren sino imitar a Cristo Crucificado. «De donde el Señor dijo por San Mateo: Mi yugo es suave y mi carga liviana la cual es la Cruz (2). Porque si el hombre se determina a sujetarse y llevar esta Cruz, que es determinarse de veras a querer hallar y llevar trabajo en todas las cosas por Dios; en todas ellas hallará grande alivio y suavidad para andar este camino así desnudo de todo sin querer nada. Empero, si pretende tener algo, ahora de Dios, ahora de otra cosa, con propiedad alguna, no va desnudo ni negado en todo; y así no cabrá ni podrá subir por esta senda angosta» (3).

En seguida nos explica el Santo la gran sencillez de la perfección evangélica. «Querría yo persuadir a los espirituales, «dice», cómo este camino de Dios no consiste en multiplicidad de consideraciones, ni modos, ni maneras, ni gustos, aunque esto en su manera sea necesario a los principiantes; sino en una sola cosa necesaria, que es saber-

(1) *Subida del Monte Carmelo*. Lib. II. Cap. VI.

(2) Matt. XI. 30.

(3) *Subida del Monte Carmelo*. Ibidem.

se negar de veras, según lo interior y exterior, dándose al padecer por Cristo, y aniquilándose en todo. Por que ejercitándose en eso, todo esotro y más que ello se obra y se halla aquí. Y si en este ejercicio hay falta, que es el total y la raíz de las virtudes todas esotras maneras es andar por las ramas y *no aprovechar, aunque tengan tan altas consideraciones y comunicaciones como los ángeles.* Porque el aprovechar no se halla sino imitando a Cristo, que es el camino, la verdad, y la vida... De donde *todo espíritu que quiere ir por dulzuras y facilidad, y huye de imitar a Cristo, yo no le tendría por bueno... Veo que es muy poco conocido Jesucristo de los que se tienen por sus amigos; pues los vemos andar buscando en El sus gustos y consolaciones, amándose mucho a si mismos, más no sus amarguras y muertes, amándole mucho a El. De estos hablo que se tienen por sus amigos»* (1).

Muy dignas de ser meditadas son estas palabras de N. S. Padre. San Pablo decía que ninguna obra tiene mérito sino tenemos caridad al ejecutarla: y el Santo Padre nos dice que por mucha oración que tuviéramos, y aunque nuestras comunicaciones fueran con los ángeles, sino supiéramos abrazar la Cruz y sufrir por amor de Cristo, no sería sólida nuestra virtud. Verdaderamente es muy poco conocido Nuestro Señor Jesucristo, aun de los que creemos ser sus amigos.

(1) Ibidem.

Ojalá que la asidua lectura de las obras de este gran amante del padecer despierte nuestras almas al amor del Redentor y de su Cruz. Leámoslas con frecuencia y meditemos en ellas con atención: y aunque nuestra virtud no llegue a ser tan alta que nos haga desear y buscar los sufrimientos, siempre tendremos un poco más de fuerza para soportar con resignación y mérito, los que no podemos evitar.

Muy dignas de ser leídas son estas obras de N. S. Padre. San Pablo dice que ningún obrero tiene mérito sino tenemos caridad al estar: y el Santo Padre nos dice que por mucha oración que tuviéramos y aunque nuestras comunicaciones fueran con los ángeles, sino supiéramos amar la Cruz y sufrir por amor de Cristo, no vale nada nuestra virtud. Verdaderamente es muy poco conocido Nuestro Señor Jesucristo, tan de los que creemos ser sus amigos.

CAPITULO XX

LAS CAUTELAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ
Y EL ESPIRITU RELIGIOSO

1. MISIÓN PROVIDENCIAL DE SAN JUAN DE LA CRUZ.
- 2. EN ESTOS AVISOS SE CONTIENE SU DOCTRINA FUNDAMENTAL Y GENERAL.—3. NO LOS CONSIDERA COMO MEROS CONSEJOS, SINO COMO PRECEPTOS QUE ES NECESARIO GUARDAR. SON LA GENUINA EXPRESIÓN DEL ESPÍRITU RELIGIOSO.—4. EL ESPÍRITU DE UNA CORPORACIÓN ESTÁ COMO ENCERRADO EN SUS FUNDADORES. EL DE ELIAS ES DULGE Y AUSTERO. DE ORACIÓN CONTÍNUA Y DE GRANDES EMPRESAS PARA LA GLORIA DE DIOS.—5. BOCETOS RELIGIOSOS.—6. SAN JUAN DE LA CRUZ Y SANTA TERESA DE JESÚS TIENEN IDÉNTICO ESPÍRITU AUNQUE NO LO PAREZCA. EL MUNDO NO LOS COMPRENDE BIEN.—7. AUTO RETRATOS DE AMBOS SANTOS.—8. SUAVIDAD DEL SANTO PADRE.—9. CARÁCTER DE SANTA TERESA. PORQUÉ EMPRENDIÓ LA OBRA DE LA REFORMA.—10. LO INMUTABLE Y LO MUDABLE EN EL ESPIRITU RELIGIOSO.—11. NO HAY QUE CONFUNDIR LOS CONCEPTOS.—12. LO ESENCIAL DEL ESPIRITU RELIGIOSO ESTÁ CONTENIDO EN ESTAS CAUTELAS. TODOS LAS PUEDEN OBSERVAR TODAS. BASTAN

ELLAS PARA SANTIFICAR A UN ALMA.—13. FACILITAN EL CUMPLIMIENTO DE TODOS LOS DEBERES.—14. TODOS NECESITAMOS TENERLAS MUY BIEN PUESTAS EN EL CORAZÓN.—15. BIEN ASENTADAS EN LA CONCIENCIA. «PARA ESTO VENISTE A LA RELIGIÓN»,—16. EL ESPÍRITU CARMELITANO Y LAS HIJAS DE SANTA TERESA.—17. LITTLE FLOWER. SOR TERESITA. LA «SUBIDA DEL MONTE CARMELO» Y LAS «CAUTELAS».—18. LOS RELIGIOSOS.—19. LAS ÓRDENES TERCERAS.—20. LAS PERSONAS SEGLARES Y ESTAS CAUTELAS. UN PEQUEÑO CIELO EN LA TIERRA.

1. San Juan de la Cruz no fundó una Orden Religiosa. Pero entre los hombres fué el principal factor en la renovación de la antiquísima Orden del Carmen, en la que era ya profeso cuando, instigado y dirigido por la gran Madre Sta. Teresa de Jesús, comenzó la gloriosa Reforma Carmelitana. Su espíritu estaba ya formado según el antiguo espíritu de la Orden Profética.

Y su vocación personalísima, a la que tan perfectamente se adoptó, y tan enteramente se consagró, como toda alma grande que tiene una gran misión providencial que cumplir, no fué crear una modalidad nueva en la vida religiosa, sino el hacer revivir con todo el esplendor de la juventud el antiquísimo espíritu de la Orden de la Virgen.

Y por consiguiente, en las instrucciones dadas por él a sus primeros discípulos, debía encontrarse el espíritu de la Orden a la que había sido llamado

por la Providencia para que en ella con sus doctrinas y ejemplos renovara los fervores de los antiguos moradores del Carmelo. No hay mas que fijarse en su vida entera, desde aquel feliz encuentro con nuestra Madre Sta. Teresa de Jesús en Medina del Campo, hasta su muerte, para convencerse que ésta fué la idea predominante a la que el Santo consagró todas sus energías. Fundar conventos. e instruir con sus escritos y espiritual dirección a las almas que en esos conventos moraban, tales fueron los ejercicios a que consagró todas sus energías aquel espíritu privilegiado.

2. Y las enseñanzas fundamentales y de carácter general que el Santo daba como aplicables a todas las almas que de espíritu evangélico desean vivir hay que buscarlas en estas célebres Cautelas que hemos comentado.

Las obras místicas del Santo Padre están dedicadas a las almas privilegiadas que, dentro de una vida perfecta, según el Evangelio o el estado religioso, llegan, o esperan llegar a un estado muy especial de altísima perfección. Pero esto ya se sabe que pocos lo alcanzan. La «Subida del Monte Carmelo» es obra de carácter bastante general; la pueden leer con provecho todas las personas que desean alcanzar alguna perfección religiosa, aunque no hayan alcanzado ni hayan de alcanzar ningún grado de contemplación sobre natural. Y no obstante, el Santo dedica esta obra a las almas ya muy privilegiadas dentro del estado religioso, pues él mismo nos dice en el prólogo de este libro admirable: «Ni aun mi

principal intento es hablar con todos, sino con algunas personas de nuestra Sagrada Religión, de los primitivos del Monte Carmelo, así Frailes como Monjas, por habérmelo ellos pedido, a quien Dios hace merced de meter en la senda del Monte; los cuales, como ya están bien desnudos de las cosas temporales de este siglo, entenderán mejor esta doctrina de desnudez de espíritu».

En cambio las Cautelas contienen principios generales, aunque completísimos, de perfección que, no solo son convenientes, sino necesarios a toda persona religiosa. No suponen a las almas a quienes se dirigen, elevadas a ningún estado extraordinario de oración o contemplación, sino únicamente animadas del buen deseo de alcanzar la perfección religiosa, o evangélica. Dice el mismo Santo en el prólogo de este opúsculo: «Con ordinario cuidado, y sin otro trabajo ni manera de ejercicio, no faltando de suyo a lo que le obliga su estado, irá a gran perfección a mucha priesa, ganando todas las virtudes por junto y llegando a la santa paz».

El Santo Padre quiso pues enseñar en poquísimas páginas todo cuanto una persona religiosa necesita saber y practicar para alcanzar la perfección evangélica. «Sin otro trabajo, ni otra manera de ejercicios que los aquí prescritos, dice el Santo que se llega a ganar todas las virtudes por junto».

3. Y el Santo Padre estima estos sus avisos, no como meros consejos, que como tales podrían ser dejados o tomados libremente, sino como verdaderos preceptos de virtud, que él cree de necesidad

el que sean fielmente observados; pues muchas veces nos dice, al formular estas cautelas. «Si esto no guardas no podrás ser espiritual, ni guardar tus votos», «no te podrás librar del daño que saca el alma», «por olvidar esto a gran multitud de religiosos tiene el demonio arruinados en la perfección» etc. etc.

De todo esto debemos deducir que estas Cautelas en la mente de su Santo Autor *son un brevísimo compendio de lo que necesariamente deben practicar las almas que desean conseguir la perfección evangélica, según el Sto. Padre la entendía.*

Son, pues, estas Cautelas un breve resumen del genuino espíritu religioso. Por esto las comentamos, sino con habilidad que no tenemos, sí con verdadero interés y gran cariño.

4. Ahora tan sólo nos resta estudiar lo característico de ese espíritu religioso, para ver cuan perfectamente se armoniza con el espíritu de estas Cautelas.

El primer principio y perfecto modelo del espíritu religioso es N. S. Jesucristo. El Santo Evangelio es la Regla fundamental de todos los Institutos Religiosos. Pero el profeta Elías había ya esbozado en si mismo y en sus discípulos los rasgos generales de un estado, o vida de perfección, por esto se le considera como primer Padre de la vida religioso-monástica. Y así, en la antiquísima Orden del Carmen que le reconoce y venera como a su primer Padre y Fundador, deben encontrarse ya los caracteres distintivos del verdadero espíritu religioso.

Grandes austeridades, dulces tradiciones marianas, y santas audacias por la gloria de Dios y el bien de los prójimos son sus principales componentes, estos mismos elementos deben encontrarse en el espíritu de toda Orden Religiosa. Y el espíritu de toda corporación religiosa está como encarnado en sus Fundadores, y principales personajes.

Y el de Elías, primer Padre de la Orden del Carmen, es de grandes asperezas y de inefables suavidades; de retiro continuo y de empresas prodigiosas. Aquel Profeta del Carmelo fué como la encarnación viviente de aquellas grandes virtudes que entre si parecen más opuestas. Burdas pieles son su vestidura; el desierto es su morada; y su alimento lo que los cuervos le proveen. Pero desde el fondo de aquellas vastas soledades contempla en hermosísimo símbolo las bellezas de la Inmaculada; y primero que nadie venera, y hace que de otros muchos sea venerada, la purísima Madre de los castos amores y de las más dulces esperanzas. Y en la comida y bebida que el Angel le sirvió debajo del enebro de los bosques de Judá pudo contemplar una perfecta semblanza de nuestro gran Sacramento del Amor. Su ardiente afición es la soledad, y el continuo trato con Dios. Pero cuantas veces la necesidad lo exige, aquel solitario sale del fondo de los desiertos para castigar a los blasfemos, fustigar a los reyes y tiranos, y recordar a los pueblos del cumplimiento de sus deberes.

Y para esto el Omnipotente parece que le pone en sus manos todos los elementos de la creación.

Antes que a él a nadie había otorgado Dios el poder de resucitar muertos. Y él resucita el primero para consolar a una pobre madre viuda. Hace bajar fuego del cielo cuantas veces lo necesita para acreditar su misión. Manda a las nubes que por tres años y medio no envíen una gota de agua sobre Israel, y las nubes le obedecen. Y después les ordena que envíen lluvia fecundante sobre la tierra, y le obedecen también (1). Es el Profeta de las imponentes austeridades y de las inefables suavidades eucarístico-marianas; el hombre de la oración continua y de las grandes empresas por la gloria de Dios.

Pues este mismo fué el espíritu de la Orden del Carmen: estos son los caracteres de todas las grandes figuras religiosas, cualquiera que sea la Orden a que pertenezcan. Bellísima colección de fisonomías Religiosas podría poner a la vista de sus lectores cualquier nuevo Ernesto Hello que pudiera y quisiera escribir unas «Fisonomías de Santos y personajes de Ordenes Religiosas». Pero en todos se verían esos rasgos del carácter de Elías.

Séame permitido trazar siquiera unas líneas sobre algunos de los principales Santos que tanto enaltecieron la vida religiosa. Ahí está un San Benito que huye de las gentes, se oculta en los desiertos para que nadie sepa de él y no obstante, por sí y por sus monjes salva la civilización cristiana en

(1) Véase el libro III de los Reyes, Caps. XVII, XVIII y XIX.

Europa. El dulcísimo San Bernardo, tan humilde, tan retirado, tan austero; pero de él se ha dicho que llevaba él solo *todo el peso de su siglo*. El humilde *Leguito de Asis*, dulce amigo de las aves y de las flores, pero al mismo tiempo, de carácter tan enérgico, y de tan pasmosa actividad que es una de las principales causas del gran resurgimiento religioso, social y moral de la Edad Media, y su influencia a través de tantos siglos es aún hoy poderosísima en el mundo.

S. Andrés Corsino, tan humilde, tan retirado; si se quiere, tan meticuloso, que ante el temor de verse honrado con la dignidad episcopal, huye y se esconde como niño asustadizo; y luego resulta una de las mayores figuras del episcopado Católico en la Edad Media, el brazo derecho del Papa Urbano V. y feliz pacificador de las revueltas ciudades italianas.

S. Pedro Tomás: el religioso austero, humilde y retirado de Condom, el de los familiares coloquios con la Reina de los cielos, que es luego el prudentísimo consejero de los Cruzados, sabio Patriarca de Constantinopla y celoso apóstol de Oriente.

S. Angelo: ese milagro de penitencia pasa cinco años oculto en el mismo desierto que Jesús santificó con su ayuno de cuarenta días, asombroso taumaturgo, que resucita varios muertos con solo el contacto de su capa, apóstol celosísimo que convierte innumerables almas; vindicador de la virtud ultrajada, que tiene la inefable dicha de mo-

rir acuchillado por odio a la verdad en el mismo púlpito, desde el cual tan enérgicamente censuraba la pública corrupción.

Debería ser declarado Patrón de los predicadores apostólicos.

S. Simón Stock, que pasa veinte años ignorado en los desiertos de la Gran Bretaña, que es una de las más puras glorias de la antiquísima Universidad de Oxford, que recorre dilatadas provincias y reinos evangelizando a las almas, levantando templos y monasterios, y que, finalmente, en el Santo Escapulario obtiene de la Inmaculada Reina de los cielos la gracia más tierna y consoladora que los hombres hemos recibido de la Inmaculada Madre de Dios.

6. Y éste mismo es el espíritu que podemos observar en todos los Santos. Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz son dos modelos perfectos para toda persona religiosa. En ambos a dos el espíritu es el mismo, es idéntico. Pero sus componentes no se manifiestan a primera vista con la misma intensidad y armonía en la Santa Madre y en el Santo Padre.

En la Santa, sus encantos de Santa y de mujer, y su pasmosa actividad disimulan las grandes austeridades de su espíritu, y su ordinario trato íntimo con Dios.

Y en el Santo Padre la exposición rigurosamente metódica, casi escolástica de su doctrina severa, su vida penitentísima y su afición a la soledad, ocultan en parte la inagotable actividad de su espí-

ritu y el riquísimo tesoro de amor y ternura de que está henchida su alma.

Los hombres poco observadores perdonan de buen grado a la Doctora de Avila el que sea Santa, porque, tras esos incomparables encantos de mujer y de escritora, de persona de sociedad y de negocios, ellos no ven las imponentes austeridades de doctrina y de conducta, ni la íntima oración de Santa Teresa de Jesús.

Como tampoco pueden pensar que el penitentísimo Solitario de Duruelo, el autor de las «Cautelas» y de la «Noche Oscura del alma» sea un espíritu dotado de grandísima actividad, y uno de los corazones más enriquecidos con afectuosa ternura que jamás hayan pasado por el mundo.

Y no obstante, el espíritu de ambos Santos, es exactamente el mismo. Está formado según el mismo molde.

Compáranse respectivamente el «Camino de Perfección» y las «Moradas» o «Castillo Interior» de la Santa Madre, con la «Subida del Monte Carmelo» «Noche Oscura» y «Cántico Espiritual» del Santo; y se verá que con aquellos encantos de mujer y de Santa se enseñan e insinúan habilísimamente las más grandes austeridades de la vida religiosa; y que con estos rigores de asceta solitario no se acaban de ocultar los grandes ardores de un alma de fuego, tan henchida de amor a Dios y a los hombres.

7. La Santa presenta la virtud muy amable fácil y risueña. Pero el fondo de su doctrina es de ar-

diente amor de sufrimiento, y toda su vida fué un milagro de rigor y penitencia. Para ella esta vida no tiene encanto, sino en cuanto en ella se puede padecer y trabajar por amor a Dios y al prójimo. He aquí su propio retrato cuando escribe:

«Quienes de veras aman a Dios todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre... no aman sino verdades y cosas dignas de amar... Y el amor de Dios, si de veras es amor es imposible que se esconda» (1).

En cambio el Santo se presenta siempre como huyendo de los hombres, pues en la soledad están sus delicias y siempre abrazado con la cruz, pues en el sufrimiento puso todas sus aficiones. Pero ese Santo extático es un espíritu tan activo que funda y gobierna muchas casas de oración, y fomenta entre sus discípulos el espíritu de misión y escribe tantas obras con las que innumerables almas se han allegado a Dios.

Pues él mismo se retrata cuando escribe: «Las almas devotas con fuerzas de juventud... corren por muchas partes y de muchas maneras... cada una por la parte y suerte que Dios le da de espíritu y estado con muchas diferencias de ejercicios y obras espirituales al camino de la vida eterna» (2). «Darán estas la sangre de su corazón a quien sirve a Dios, y ayudarán cuanto es en sí a quienes le sirvan» (3).

(1) Cam. de Perfec. Cap. XL.

(2) Cant, Espir. Canción, XXV.

(3) Noche del Sent. Cap. II.

Y era tanta su energía que, puesto en Dios su corazón, jamás se acobardaba. Suyo es este magnífico pensamiento:

Esperanza del cielo

Tanto alcanza cuanto espera.

8. Y al mismo tiempo que tan enérgico, es de un espíritu suavísimo. Es verdad que su carácter, visto de lejos, parece más de anacoreta que huye de las gentes que de varón apostólico que trata de hacerse a todos para ganarlos a todos.

Es cierto que su famosa *Senda de la nada*, trazada en su monte simbólico para llegar a la cumbre de la perfección, causa miedo y desaliento, cuando no se le entiende bien. Pero el mismo Santo nos dice que por las asperezas de ese monte, y trepando por esas sendas, pasó y, en cuanto vive aún en sus Sacramentos está pasando todavía, el Divino Pastor en busca de su *bella pastora*, por cuyo nombre entiende el dulcísimo poeta a la humanidad entera; y así canta con una ternura por nadie superada:

Un pastorcito sólo está penado

Ajeno de placer y de contento,

Y en su pastora puesto el pensamiento

Y el pecho del amor muy lastimado.

No llora por haberle amor llagado,

Que no le pena verse así afligido,

Aunque en el corazón está herido.

Que solo de pensar que está olvidado

De su bella pastora, con gran pena
Se deja maltratar en tierra ajena,
El pecho del amor muy lastimado.

Y al cabo de un gran rato se ha encumbrado
Sobre un árbol do abrió sus brazos bellos
Y muerto se ha quedado, asido de ellos,
El pecho del amor muy lastimado.

Ah! No importa que enseñe doctrinas muy severas quien así piensa y así sabe expresar lo que siente! ¡No importa que sea austerísima la vida de quien de manera tan delicada y digna sabe representarnos la augusta persona del Redentor, y a la humanidad entera! Quien así canta ha de tener un corazón henchido de inefables ternuras para Dios y para el prójimo. Y quien tan ricos tesoros de amor posee, forzosamente estará dotado de actividad muy grande para trabajar por Dios y por los hombres. Porque el amor cuando es perfecto es un poderosísimo estimulante que, como advierte San Pablo (1) no permite estar ociosas a las almas que ha tocado.

Así fué el Extático Doctor del Carmelo. Austerísimo para sí, y bondadoso y dulce para todos. No pretendió desfigurar la doctrina de Jesucristo, que realmente es de grandísima austereza. Pero la envolvió y suavizó con las inefables ternuras de su corazón. Cultivó muchísimo el trato íntimo

(1) II ad Corin. V-14.

con Dios, porque sabía muy bien que arriba debe buscar el hombre su fuerza y el secreto de sus éxitos; pero como fruto de su oración, hizo también cuanto pudo, y pudo mucho, por la gloria de Dios y por el bien de los hombres.

9. Para esto principió la Santa Madre la gran obra de la Reforma. Dejemos que nos lo diga ella misma:

«Servía al Señor con mis pobres oraciones; siempre procuraba con las hermanas que hicieran lo mismo, y se aficionasen al bien de las almas y al aumento de la Iglesia; y a quien trataba con ellas, siempre se edificaban, y en esto embebía mis grandes deseos... acertó a venirme a ver un fraile franciscano... harto siervo de Dios, y con los mismos deseos del bien de las almas que yo, y podía los poner por obra, que le tuve yo harta envidia. Este venía de las Indias poco había. Comenzóme a contar de los muchos millones de almas que allí se perdían por falta de doctrina, y hízonos un sermón y plática animando a la penitencia, y fuese. Yo quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas, que no cabía en mí. Fuíme a una hermita con hartas lágrimas; clamaba a Nuestro Señor, suplicándole diese medio como yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio, ya que tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que yo no era para mas. Había gran envidia a los que podían por amor de Nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes. Y así me acaece que cuando leo en las vidas de los Santos que convir-

tieron almas, mucha más devoción me hace y más ternura y más envidia, que todos los martirios que padecen; por ser esta la inclinación que el Señor me ha dado, pareciéndome que precia más una alma que por nuestra industria y oración le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer» (1).

Y quiere ella que el verdadero deseo de hacer bien a todos sea el fruto de toda oración y de todos los pensamientos. He aquí otro pasaje notable: «Yo lo miro con advertencia en algunas personas (que muchas no las hay por nuestros pecados), que mientras más adelante están en esta oración y regalos de Nuestro Señor, más acuden a las necesidades de los prójimos, en especial a las de las ánimas, que por sacar una de pecado mortal parece darían muchas vidas, como dije al principio. Quién hará creer esto a las que comienza Nuestro Señor a dar regalos! sino que quizá les parecerá traen esos otros la vida mal aprovechada, y que estarse en un rincón gozando de este es lo que hace al caso. Es providencia del Señor a mi parecer, no entender esto adonde llegan estotras almas; porque con el hervor de los principios, querrían luego dar salto hasta allí y no les conviene; porque aun no están criadas, sino que es menester que se sustenten más días con la leche que dije al principio... (2)

10. He aquí ese vigoroso espíritu religioso;

(1) Fundaciones, Cap. Primero.

(2) Conceptos del amor de Dios, Cap. VII.

que es de tan grande austeridad y de inefables suavidades. Espíritu que comienza en Elías, se continua en todos los Santos religiosos y llega a obtener con perfecta personificación en Santa Teresa de Jesús y en San Juan de la Cruz.

Pero ese espíritu religioso debe durar a través de los siglos, hasta el fin del mundo, y ha de vivir en muy diferentes tiempos y circunstancias, y se lo han de apropiar así los hombres austeros, como las más delicadas doncellas. Y por consiguiente debe contener en sí mismo algo inmutable que sea como su substancia o esencia, y que al mismo tiempo, le permita ser tan flexible y tan acomodaticio que, sin mudarse, sin romperse, se pueda adaptar a diferentes clases de personas, y a diversos tiempos, climas y naciones. Esa substancia del espíritu Carmelitano debe ser capaz de revestirse de diferentes modalidades, según tiempos y circunstancias.

Lo primero, esto es, la parte esencial de ese espíritu, debe ser inmutable, intangible, so pena de dejar de ser lo que somos. Porque así en lo moral como en lo físico hay condiciones esenciales de ser, de las cuales, si alguna se quita, el ser ya no es más lo que era. Mas lo que no es esencial, sino conveniente, o a lo más, necesario en determinados tiempos, o circunstancias, puede ser modificado por la autoridad competente, según lo exijan las circunstancias y los tiempos.

11. La tergiversación de estos conceptos en cualquier Instituto religioso, sería de fatales conse-

cuencias. Confundir lo inmutable y esencial con lo que no es más que circunstancial y mudable, o viceversa, sería desarmonizar todas las energías de una corporación, sería hacerla incapaz de vivir, no más que en determinado ambiente. Con un criterio así, equivocado y estrecho, cualquier Instituto quedaría condenado a una esteril inamovilidad, pues serían ineficaces los mayores esfuerzos de sus mejores hijos para acomodarlo a las variables circunstancias en que forzosamente se han de encontrar todas las obras e instituciones religiosas que, por más que sean divinas en su origen y en su fin, han de ser realizadas por hombres y entre hombres.

12. Ahora bien; yo entiendo que todo lo esencial, y solo lo esencial, del espíritu religioso, está contenido en el diminuto libro de las «Cautelas» de Nuestro Padre S. Juan de la Cruz.

Medítense bien estos nueve avisos, y se verá que no hay uno solo que no sea necesario para una virtud sólida y para la perfección evangélica a que tenemos grave obligación de aspirar todos los que nos hemos consagrado a Dios.

Y no hay persona religiosa, cualquiera que sea su condición, que no pueda observar perfectamente todas y cada una de estas Cautelas. No importa las circunstancias de lugar o tiempo, ni las ocupaciones que se tengan. Súbditos y Superiores, sanos y enfermos, todos podemos cumplir estos mandatos del Santo Padre.

Si se me permitiese la semblanza, diría que estas Cautelas, son como la sana y robusta musculatura

del espíritu religioso, en la cual se pueden plasmar todas las diferentes y variadísimas modalidades de la vida religiosa. Religiosos y religiosas, terciarios y terciarias, y hasta las personas seglares, amantes de su perfección, pueden perfectísimamente apropiarse el robusto espíritu de éstas Cautelas. Y es muy seguro, que, cumplidas estas con exactitud, facilitarán a cualquier persona el cumplimiento de sus especiales deberes. Porque dice el Santo que quien guarde fielmente estos avisos «se libra de todos los impedimentos de toda criatura de este mundo, y se defiende de las astucias y engaños del demonio, y libra de sí mismo».

Pero no basta guardar algunas y dejar otras, porque como el Santo Padre dice, no se pueden vencer por separado los enemigos contra quienes son estas Cautelas. Y así «para vencer uno de estos enemigos, es menester vencerlos todos tres; y en flaqueando el uno, se enflaquecen esos otros; y vencidos los tres, no le queda al alma más guerra» (1).

Es indudable que las personas que (usando el lenguaje del Santo) tuvieran estas Cautelas *muy puestas de veras en el corazón*, cumplirían con exactitud todas sus demás obligaciones, pues en vez de serles estos avisos un estorbo, les serían un estímulo.

Todas las circunstancias de la vida deparan oportunidades para poner en práctica algunos de estos avisos, o varios, al mismo tiempo. Dichosa la per-

(1) Prólogo a las Cautelas

sona que los tenga muy puestos de veras en su corazón, pues, sin otro trabajo, ni otra manera ejercicio de virtud, será muy exacta cumplidora de todos sus deberes, y pronto llegará a la perfecta paz del alma «donde» como dice el Santo, «se goza el pacífico refrigerio del Espíritu Santo».

13. Las religiosas, amantes y deseosas de cumplir estas enseñanzas del Santo Padre, se acomodarían a cualquier lugar, a cualquier ocupación, a todos los caracteres, pues las contrariedades que se pudieran presentar no les servirían más que de excelentes oportunidades para ejercitar lo que ellas, como hijas fieles, tienen muy puesto de veras en su corazón.

Y los religiosos, que de igual manera tuviéramos muy adentro del alma todas y cada una de estas Cautelas, nos plegaríamos fácilmente a todas las circunstancias en que nuestros deberes nos pudieran colocar. Todo lo haríamos y soportaríamos con resignación, y hasta con gusto, puesto que, por adversas que parecieran las circunstancias, no podrían hacer sino depárnos excelentes oportunidades para ejercitar lo que tendríamos muy de veras puesto en el corazón.

La observancia regular, con su continuada monotonía, nos proporciona siempre y a todas horas oportunidad para sacrificios pequeños, sí, pero continuados y sumamente agradables a Dios.

Y en las relaciones con los prójimos, ora en el ejercicio de nuestro ministerio, ora en el trato social, seríamos siempre un poco menos humanos, y mu-

cho más apostólicos, pues ni nos atontarían, o desvanecerían poco ni mucho las finas lisonjas, más o menos justas o sinceras de las personas que nos halagan, ni nos retraería el naturalmente desagradable tufillo de los pobres.

No sentiríamos orgullo por los éxitos propios, ni envidia por los ajenos, ni desaliento por los fracasos o contrariedades.

14. Necesitan tener muy puestas en el alma estas Cautelas las personas que llegaron, o esperan llegar a muy alta contemplación, para que les sirva de lastre, y así no se desvíen y pierdan en un mundo de quiméricos ideales.

Y no menos las necesitan los que nunca salen de la sencillez y monotonía de una vida regular y oscura, para no cansarse y aburrirse.

Y de modo muy especial tenemos necesidad de guardarlas los que ordinariamente nos hemos de ocupar de acciones externas, para que vengan a ser para nuestro espíritu como una fuerza poderosa que siempre nos llame y atraiga hacia dentro; no sea que, llamando a los demás al cumplimiento de sus deberes, vengamos a ser nosotros, según comparación del Apóstol (1), como una campana, que suena mucho, precisamente porque está vacía.

Los astros en el firmamento, para moverse con tanta rapidez y armonía, sin que jamás se estorben necesitan que la fuerza centrípeta se armonice con la fuerza centrífuga.

(1) I ad Corint. XIII-1.

Pues esta misma armonía de fuerzas se necesita en el cielo del espíritu humano. Y estas sapiéntísimas Cautelas, llamándonos siempre hacia dentro, hacia esas misteriosas interioridades del espíritu, donde nos dice el Salvador que está el reino de Dios (1) establecen también esta perfecta armonía en todas las acciones del hombre.

Cualquiera que tenga estas Cautelas perfectamente puestas en su espíritu, y de ellas no se aparte poco, ni mucho, desenvolverá todas las energías de su espíritu, sin ningún peligro para sí, y con grande utilidad propia y de sus semejantes. Y esto en cualesquiera circunstancias que se pueda encontrar.

Ha dicho el Santo Padre: «La obra pura y entera hecha por Dios, en el seno puro hace reino entero para su dueño» (2). Y pura y enteramente obran por solo Dios las almas que son fieles guardadoras de estas Cautelas. Y por esto, dentro de sí mismas llevan siempre un reino entero y una completa realeza. Pues como reinas, pueden desenvolver siempre su actividad y su fuerza, sin cohibiciones de adversas circunstancias.

15. Ciertamente que nos ha de costar un poco trabajo el tener estas Cautelas muy bien puestas en el corazón, porque esto supone ya una virtud muy sólida.

Pero para todos los que queremos vivir el es-

(1) Luc. XVII-2.

(2) Aviso 21.

píritu religioso es de absoluta necesidad que las tengamos siquiera *muy bien asentadas en la conciencia*, para que, sino las sabemos usar como alas para elevarnos a muy alta perfección, al menos, nos sirvan de tabla salvadora en los momentos de crisis y tempestades de la vida religiosa.

Ninguna prueba, por dura que sea, se nos puede presentar para la que no sea muy apropiada alguna de estas Cautelas. Ya sabemos que el Santo Padre dice que hay que guardarlas todas, pues no sirve defendernos de un enemigo, y dejar que el otro nos ataque a su placer. Y que las estima de tanta necesidad, que nos dice, que sin ellas no conseguiremos la paz del alma, ni la perfección, ni sabremos ser religiosos, ni podremos guardar los votos, etc., etc.

Y así en los momentos de prueba y desaliento, teniendo bien asentados en la conciencia estos consejos, nos será muy fácil representarnos al Santo Padre que, bondadoso y severo, nos dice, cuando nos quejamos: ¿Porqué te quejas, hijo mío? ¿Porqué encuentras tan pesado ese trabajo? ¿Porqué se te hace difícil esa compañía? ¿Es porque te humillaron y lastimaron tu amor propio? ¿Porqué no encuentras gusto en tus rezos, ni en tus quehaceres?. Pues por eso, para sufrir todo eso, prometiste caminar en pos de Jesús por el camino del dolor, cargado tú también con tu Cruz. Para hacer esto con perfección veniste aquí, a la casa de Dios, que sino era para eso «no había para que venir a la

religión, sino estarse en el mundo buscando su consuelo, honra y crédito, y sus anchuras» (1).

Ninguna persona que conserve íntegro el espíritu de su vocación dejará de sentir fuerte estímulo contra sus debilidades y desalientos, al recordar estas severas palabras de Nuestro Santo Padre.

16. Pues este robusto y sano espiritualismo, contenido en estas Cautelas, que es de continua atracción hacia dentro, y de prodigiosas expansiones hacia todo lo que redunde en gloria de Dios y bien de las almas, que contiene tantas asperezas en la apariencia, y tan inefables suavidades en el fondo, es el espíritu que nuestros Santos Padres, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, practicaron toda su vida, y quisieron transmitir a todos sus hijos e hijas y devotos.

La Reforma del Carmelo, sobre todo durante la primera centuria de su formación, fué sencillamente asombrosa. Las Carmelitas Descalzas acreditaron bien ser hijas de tal Madre y de tal Padre. La Santa solía decir con gracia que no quería que sus hijas fuesen «nada mujeres». Y ellas con ánimo varonil, no solo se extendieron por todo España, sino que, atravesando las fronteras, y aun los mares, rectificaron los pareceres de muchos espíritus meticulosos, y demostraron entonces, y siguen demostrando hoy, que las hijas de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, son capaces de cultivar en cualquier clima y en cualquier nación y con toda lozanía aquellas delicadísimas flores de virtud que

(1) Cuatro avisos a un religioso, Aviso segundo.

la gran Santa plantó en su primer jardincito de San José, de Avila.

Cualquier observador que en cualquier nación se haya acercado a algún convento de Carmelitas Descalzas, (y nosotros nos hemos acercado a muchos) habrá podido observar en muchas almas ese delicadísimo espíritu de nuestros Santos Padres. Dificilmente hay un convento de Carmelitas Descalzas en que no haya alguna alma privilegiada de Dios. El mundo lo sabe, y por esto las estima.

17. En estos tiempos la Divina Providencia, por sus altísimos fines, ha querido que una de esas delicadísimas flores de los jardines Carmelitanos fuese mostrada al mundo. Y este mundo actual que, a pesar de sus extravíos, siente anhelos de genuina espiritualidad, no se cansa de admirar a la *Little Flower* como aquí la llaman, o la «Florecilla de Jesús» como decimos en nuestra lengua. Las ediciones de la «Historia de un alma» escrita por ella misma, se suceden rápidamente una a otras en casi todas las lenguas vivas.

En nuestra conciencia estimamos con algún conocimiento de causa, que *Florecitas* tan bellas y delicadas como aquella de Lisieux las hay, quizá a centenares, por los jardines de Santa Teresa de Jesús. El que la Providencia las tenga ocultas a las miradas del mundo, en nada aminora su intrínseca belleza.

Y en cuanto a esta encantadora «Florecita de Jesús», en admiración y afecto a la cual, no queremos quedarnos atrás, ni siquiera del más devoto y

entusiasta, no podemos ver nada extraordinario en su fondo. Es una perfecta hija de Santa Teresa de Jesús, y de San Juan de la Cruz, y nada más.

No sabemos que esté aun escrita la historia crítica, o el estudio íntimo de esa alma extraordinaria. Pero nos atrevemos a aventurar un juicio sin temor de que nadie nos pueda desmentir.

Prescíndase en *Sor Teresita* de las notas especiales que son hijas de su clase, formación y educación, las cuales no afectan a lo substancial de la virtud; hágase caso omiso de los rasgos especiales que se deben al temperamento, a la región, o al medio ambiente en que esa alma se desarrolló: y sobre todo, despójese la de los especiales atavios en que se la ha envuelto, los cuales, así como son un gran encanto para una gran parte de los admiradores de la *Santita*, puede ser que no agraden tanto a otras personas de otros gustos. Atiéndase únicamente a lo interior de esa alma; estúdiense sus pensamientos fundamentales, que son como la genuina expresión de su conciencia y de su personalidad moral, y los cuales ella expresa y reviste conforme su temperamento, educación y estilo, y se verá que no son más que la doctrina de Nuestro Padre San Juan de la Cruz, bien entendida y practicada. Ella misma nos dice que sacó muchas luces de las obras de San Juan de la Cruz, y que durante algún tiempo su único pasto espiritual fueron los escritos del Santo Padre (1).

Para nosotros el fondo de esa admirable His-

(1) Historia de un alma, Cap. VIII.

toria de un «Alma» de esas «Cartas» y «Poesías» no es más que la «Subida del Monte Carmelo» y las «Cautelas» *puestas muy en el corazón*, o perfectamente *vividas*, y contadas por una jóven francesa, de clase educada.

18. Los primeros Carmelitas Descalzos, ciertamente que no se quedaron atrás de sus hermanas. También se asimilaron perfectamente el espíritu del Santo Padre y de la Santa Madre. Hombres de gran oración y dotados de mucho espíritu de empresa, llenaron de penitentes los desiertos y de incontables volúmenes las bibliotecas, y extendieron por todas las partes del mundo su celo apostólico y su espíritu de misión.

Y seguramente hará mucho por Dios y por los prójimos quien asiente muy bien sobre su corazón y sobre su espíritu el robusto ascetismo de estas Cautelas. Aquí está como en germen todo el espíritu de la perfección religiosa.

Asimilémonos bien cuanto estas Cautelas contienen, y es seguro que cuantas actividades y energías se pueden encerrar en el espíritu religioso, se desenvolverán en la más perfecta armonía con segurísimos resultados para la gloria de Dios y propia santificación. Bien pertrechado así el espíritu, no hay peligro de ningún enemigo, y solo así serán injustificados los celos de los espíritus perspicaces y pusilánimes.

19. Pero estas enseñanzas de San Juan de la Cruz no son solamente para los Carmelitas sino para toda persona religiosa.

Todas esas personas que se han consagrado a Dios, cualquiera que sea su condición, se pueden aplicar el espíritu de perfección contenido en estas admirables Cautelas. No hay uno solo de estos sapientísimos avisos que no sea aplicable y convenientísimo a toda persona religiosa, en cualquiera circunstancia de la vida. Cuanto en estos comentarios hemos dicho es aplicable a todas las personas de cualquier Instituto o Congregación.

20. Y hay además muchísimas otras personas que, viviendo en sus casas, están afiliadas a la Orden del Carmen, ora como Terciarias, ora como cofrades, o miembros de la Semana Devota. Y está claro que no querrán contentarse con que sus nombres estén inscritos en los respectivos libros de registro, sino que querrán también vivir el espíritu Carmelitano, puesto que en el espíritu, y no en los libros de registro, está la verdadera filiación.

Más para vivir ese espíritu, el medio más fácil y seguro, es trazarse una norma de vida según estos sapientísimos avisos de San Juan de la Cruz. Son perfectamente adaptables a las personas seglares, no menos que a las que viven en Institutos Religiosos.

Como todas las obras de gran mérito, este libro del Santo Padre es de universal aplicación.

Porque no inmiscuirse en asuntos ajenos, sino obligados por justicia o caridad; refrenar el inmoderado deseo de bienes temporales, y contener al corazón dentro de severas leyes para que no se derrame, ni extravíe, y así conserve siempre su

calor y energía, son cosas ciertamente convenientísimas a toda clase de personas, cualquiera que sea su estado y condición.

Y esto es lo que el Santo recomienda en sus tres primeras Cautelas, como verá quien atentamente lea el texto del Santo y nuestro humilde comentario.

El espíritu de sujeción a la ley, y también a las personas que de alguna manera nos son superiores, y esto prescindiendo de sus condiciones personales, y atendiendo únicamente a cumplir lo que tienen derecho a mandarnos, es una condición absolutamente necesaria para que reine la paz y la más perfecta armonía, no solo en las casas religiosas, sino también en los hogares, y aún en la sociedad, puesto que, sin espíritu de sumisión, no es posible la paz en ninguna parte, cualquiera que sea la condición social de las personas.

Y está muy claro también que esta perfecta y y noble sumisión, que a nadie empequeñece, sino que a todos dignifica, porque aquí el hombre no se sujeta al capricho de otro hombre, sino a los dictámenes de la conciencia que le manda obedecer a quienes tienen derecho de mandarle, con tal que ellos no traspasen los límites de su autoridad, no es posible sin un gran espíritu de humildad, rectamente entendido y con toda verdad practicado. Y esto es lo que el Santo nos enseña en sus tres Cautelas contra el demonio.

Lo que suele hacer más difícil la vida de familia y aún el trato humano en general, es la diferencia

de carácter entra las personas. Pues San Juan de la Cruz nos enseña como podemos disminuir, y aún del todo destruir, este gran enemigo de la paz del corazón. Quiere el Santo que tomemos esas molestas diferencias de carácter, como medios excelentes y eficacísimos que la amable Providencia nos depara para ayudarnos a depurar nuestra propia personalidad.

El hogar en que estas cuatro cautelas fueron perfectamente practicadas, sería seguramente una dichosísima mansión de paz. Sería como un pequeño cielo en la tierra. Algunos hogares hemos visto así. ¡Ojalá fueran más numerosos esos asilos del puro y casto amor doméstico, santificado por la abnegación y sacrificio continuados! Entonces sí que sería posible, y aún fácil la paz social.

Finalmente, en las dos últimas Cautelas el Santo nos recomienda que sepamos prescindir del placer y hacernos superiores al dolor; y aún quiere que lleguemos al amor del sufrimiento, considerando las grandes virtudes que la Divina Providencia ha puesto en el mismo para nuestra utilidad y santificación.

Y todo esto, como puede fácilmente comprender cualquiera que lo medite, es convenientísimo, no sólo a las personas que viven en Institutos Religiosos, sino también a todos los que gustan de una moralidad robusta y sana; a todos los que sepan estimar las encantadoras bellezas de la virtud cristiana.

de carácter entre las personas. Pues San Juan de la Cruz nos enseña como podemos disminuir y aún del todo destruir este gran enemigo de la paz del corazón. Quiere el Santo que tomemos esas modestas diferencias de carácter, como medios excelentes y eficacísimos que la amable Providencia nos depere para ayudarnos a depurar nuestra propia personalidad.

El hogar en que estas cuatro causas fueron perfectamente prácticas, está seguramente una distancia manada de paz. Será como un pequeño oasis en la tierra. Algunos hogares hemos visto así. Ojala fueran más numerosos esos asilos del puro y casto amor doméstico, santificado por la abnegación y sacrificio conllevados. Entonces el que sería posible, y aún más la paz social.

Finalmente, en las dos últimas Cartas el Santo nos recomienda que sepamos practicar el dolor y hacernos superiores al dolor y aún quiere que hagamos el amor del sufrimiento, considerando las grandes virtudes que la Divina Providencia ha puesto en el mismo para nuestra utilidad y santificación.

Y todo esto como puede fácilmente comprender cualquiera que lo medite, es convenientísimo no sólo a las personas que viven en instituciones religiosas, sino también a todos los que gustan de una moralidad robusta y sana: a todos los que sepan estimar las encantadoras bellezas de la vida cristiana.

CUATRO AVISOS A UN RELIGIOSO

PARA ALCANZAR LA PERFECCIÓN (1)

JESÚS

Pidióme su Santa Caridad mucho en pocas palabras, para lo cual era necesario mucho tiempo y papel. Viéndome, pues, falto de todas estas cosas, procuraré de resumirme y poner solamente algunos puntos o avisos, que en suma contienen mucho, y que quien perfectamente los guardare alcanzará mucha perfección. El que quisiere ser verdadero religioso y cumplir con el estado que tiene prometido a Dios, y aprovechar en las virtudes y gozar de las consolaciones y suavidad del Espíritu Santo, no podrá, si no procura ejercitar con grandísimo cuidado los cuatro avisos siguientes, que son: 1.º Resignación; 2.º Mortificación; 3.º Ejercicio de virtudes; 4.º Soledad corporal y espiritual.

AVISO PRIMERO.—Para guardar lo primero, que es *Resignación*, le conviene que de tal manera

(1) Insertamos aquí estos «Cuatro Avisos» de Nuestro Santo Padre por ser su doctrina tan parecida a la de las «Cautelas» a las que en varios puntos sirven de complemento.

viva en el Monasterio como si otra persona en él no viviese; y así jamás se entrometa ni de palabra ni de pensamiento en las cosas que pasan en la comunidad ni de los particulares, no queriendo notar ni sus bienes ni sus males, ni de sus condiciones; y aunque se hunda el mundo, ni querer advertir, ni entrometerse en ello, por guardar el sosiego de su alma acordándose de la mujer de Lot, que porque volvió la cabeza a mirar los clamores y ruido de los que perecían, se volvió en dura piedra. Esto ha menester guardar con gran fuerza, porque con ello se librárá de muchos pecados e imperfecciones, y guardará el sosiego y quietud de su alma con mucho aprovechamiento delante de Dios y de los hombres. Y esto se mire mucho, que importa tanto que, por no lo guardar muchos religiosos, no sólo nunca les lucieron las otras obras de virtud y de religión que hicieron, mas fueron siempre hacia atrás de mal en peor.

AVISO SEGUNDO.—Para obrar lo segundo y aprovecharse en ello, que es *Mortificación*, le conviene muy de veras poner en su corazón esta verdad, y es, que no ha venido a otra cosa al convento si no para que le labren y ejerciten en la virtud, y que es como la piedra, que la han de pulir y labrar antes que la asienten en el edificio. Y así ha de entender que todos los que están en el convento no son más que oficiales que tiene Dios allí puestos para que solamente le labren y pulan en mortificación; y que unos le han de labrar con la palabra, diciéndole

lo que no quisiera oír; otros con la obra, haciendo contra él lo que no quisiera sufrir; otros con la condición, siéndole molestos y pesados en sí y en su manera de proceder; otros con los pensamientos, sintiendo en ellos o pensando en ellos que no le estiman y aman; y todas estas mortificaciones y molestias debe sufrir con paciencia interior, callando por amor de Dios, entendiendo que no vino a la religión para otra cosa, sino para que lo labrasen, y así fuese digno del Cielo; que si para esto no fuera, no había para qué venir a la religión, sino estarse en el mundo buscando su consuelo, honra y crédito, y sus anchuras.

Y este segundo aviso es totalmente necesario al religioso para cumplir con su estado y hallar la verdadera humildad, quietud interior y gozo en el espíritu Santo. Y si así no lo ejercita, ni sabe ser religioso, ni aun a lo que vino a la religión, ni sabe buscar a Cristo, sino a sí mismo; ni hallará paz en su alma, ni dejará de pecar y turbarse muchas veces; porque nunca han de faltar ocasiones en la religión, ni Dios quiere que falten, porque como trae allí a las almas para que se prueben y purifiquen, como el oro con fuego y martillo, conviene que no falten pruebas y tentaciones de hombres y de demonios, fuego de angustias y desconsuelos. En las cuales cosas se ha de ejercitar el religioso, procurando siempre llevarlas con paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, y no llevarlas de manera que en lugar de aprobarle Dios en la probación, le venga a reprobar por no haber querido llevar la Cruz de Cristo

con paciencia. Por no entender muchos religiosos que vinieron a ésto, sufren mal a los otros, los cuales al tiempo de la cuenta se hallarán muy confusos y burlados.

AVISO TERCERO.—Para obrar lo tercero, que es *Ejercicio de virtudes*, le conviene tener constancia en obrar las cosas de su religión y de la obediencia, sin ningún respeto de mundo, sino solamente por Dios; y para hacer esto así y sin engaño, nunca ponga los ojos en el gusto o disgusto que se le ofrece en la obra para hacerla o dejarla de hacer, sino a la razón que hay de hacerla por Dios. Y así ha de hacer todas las cosas sabrosas o desabridas con este sólo fin, de servir a Dios con ellas.

Y para obrar fuertemente, y con esta constancia, y salir presto a luz con las virtudes, tenga siempre cuidado de inclinarse más a lo dificultoso que a lo fácil, a lo áspero que a lo suave, y a lo penoso de la obra y desabrido, que a lo sabroso y gustoso de ella, y no andar escogiendo lo que es menos cruz, pues es carga liviana; y cuanto más carga, más leve es, llevada por Dios. Procure también siempre que los hermanos sean preferidos a él en todas las comodidades, poniéndose siempre en el más bajo lugar, y esto muy de corazón; porque este es el modo de ser mayor en lo espiritual, como nos dice Dios en su Evangelio: *Qui se humiliat exaltabitur* (Luc. XIV, 11).

AVISO CUARTO.—Para obrar lo cuarto, que

es *Soledad*, le conviene tener todas las cosas del mundo por acabadas, y así cuando por no poder más las hubiere de tratar, sea tan desasidamente como si no fuesen.

Y de las cosas de allá fuera no tenga cuenta ninguna, pues Dios le ha sacado y descuidado de ellas; el negocio que pudiere tratar por tercera persona, no lo haga por sí mismo, porque le conviene mucho; ni querer ver a nadie, ni que nadie le vea. Y advierta mucho, que si a cualquiera de los fieles ha Dios de pedir estrecha cuenta de una palabra ociosa, ¿cuánto más el religioso que tiene su vida y obras consagradas a Dios, se las ha de pedir todas el día de su cuenta?

No quiero decir por esto, que deje de hacer el oficio que tiene, y cualquiera otro que la obediencia la mandare con toda la solicitud posible y que fuese necesaria, sino de que tal manera la haga, que nada se le pegue en él de culpa, porque esto no lo quiere Dios, ni la obediencia. Para esto procure de continuo en la oración, y en medio de los ejercicios corporales no la deje; ahora coma, ahora beba, o hable o trate con seglares, o haga cualquiera otra cosa, siempre ande deseando a Dios y aficionando a él su corazón, que es cosa necesaria para la soledad interior, en la cual se requiere no dejar el alma para ningún pensamiento que no sea enderezado a Dios, y en olvido de todas las cosas que son y pasan en esta mísera y breve vida. En ninguna manera quiera saber cosa, sino sólo cómo servirá más a Dios y guardará mejor las cosas de su instituto.

Si estas cuatro cosas guardare su Caridad con cuidado, muy en breve será perfecto: las cuales de tal manera se ayudan una a otra, que si en una faltare, lo que por las otras fuere aprovechando, por aquella que falta se le va perdiendo.

Y de las cosas que se han de guardar para el estado de la vida, Dios se ha acordado y descubierto de ellas; el hombre que quiere estar por tercera persona, no lo haga por sí mismo, porque le conviene mucho; en querer ser a nadie, ni que nadie le vea. Y adviértase mucho, que si a cualquiera de los tales se le da de pedir estrecha cuenta de una palabra ociosa, cuánto más el religioso que tiene su vida y otras cosas consagradas a Dios, se las ha de pedir todas y cada una de su cuenta.

Lo primero decir por esto, que debe de hacer el oficio que tiene, y cualquiera otro que le obligaren a mandar con toda la solicitud posible y que fuese necesaria, sino de tal manera lo haga, que no se le quite en el trabajo, porque esto no lo quiere Dios ni la obediencia. Para esto procure de cumplir en la oración, y en el medio de las acciones corporales no se deje: esto como otras cosas que se han de hacer con silencio, o para cualquiera otra cosa, siempre ande deseando a Dios y alabando a Dios, que es cosa necesaria para la salud interior, en la cual se requiere no hacer ni cosa que sea un pensamiento que no sea entendido a Dios, y en el medio de todas las cosas que son y se hacen en esta vida y breve vida. En ninguna manera en estas cosas, a no sea como se ha de hacer a Dios y guardar ante las cosas de su Instituto.

INDICE

PRÓLOGO Pág. 5

Capítulo I

Preliminares

1. En nombre de Jesús.—2. Hijos de Padres ilustres.—3. El juez de uno mismo. Se nos pide mucho. Pasaje de la Santa Madre.—4. Obligaciones especiales.—5. La Orden de la Virgen.—6. Estima de su profesión.—7. San Juan de la Cruz, nuestro especial Maestro.—8. Cinco minutos de examen.—9. Casi siempre está en la cumbre.—10. Pero no olvidó a los principiantes. Pág. 7

Capítulo II

Orden y enlace de estas Cautelas

1. Prólogo del Santo.—2. Un compendio de perfección y palabras rutinarias.—3. El mundo y sus tres principales alicientes. Tres avisos contra ellos.—4. El demonio y su triple tentación contra los buenos.—5. Tres avisos contra ellas.—6. La propia naturaleza y sus peligrosas inclinaciones.—7. Tres últimas Cautelas.—8. Altísima perfección al alcance de todos. Pág. 25

Capítulo III

Primera Cautela contra el mundo

(El Prójimo)

1. Texto del Santo.—2. Durezas aparentes y opiniones erróneas.—3. La formación interior; ideal del buen educador.—4. Cómo conocer la mente de un autor Santo.—5. Defectos en las biografías de los Santos.—6. San Juan de la Cruz y su trato social.—7. Sus Cartas.—8. En ellas se manifestó tal cual era.—9. El autor de las «Cartas» no parece el mismo que el de las «Cautelas».—10. Es preciso explicarlas. Textos de Santa Teresa. Pág. 37

Capítulo IV (Continuación)

1. La creación y la vida según el Santo Doctor del Carmelo.—2. No quiere a los hombres sin corazón.—3. El amor al prójimo, sostén y señal del amor a Dios.—4. San Juan de la Cruz, cantor del Corazón.—5. Amplios horizontes del espíritu y del corazón.—6. El triple carácter del amor de los Santos.—7. Auto-retrato de San Juan de la Cruz.—8. Pobreza del corazón humano y un poderoso reactivo.—9. Amor universal, y prudentísimos avisos.—10. Hombres añiados, y el sistema educativo de San Juan de la Cruz.—11. No hay derecho a quejarse de excesivo rigor. Examen de conciencia. 12.—La frialdad del corazón.—13. Distintivos morales. Pág. 51

Capítulo V

Segunda Cautela contra el mundo

(Los bienes materiales)

1. Texto del Santo.—2. Los bienes terrenos son el segundo peligro para la virtud.—3. Es natural y

lícito cierto afecto a poseer. Lo *mío*. Hermoso pasaje de San Juan de la Cruz.—4. Cómo el hombre ha profanado y desviado el deseo de poseer. No hay que destruirlo, sino educarlo.—5. Fuente inagotable de desórdenes. El Divino Médico.—6. Amenazas y encomios.—7. Divinas promesas a los pobres de espíritu.—8. Ni riquezas ni miseria.—9. El voto de pobreza. Una definición de Santo Tomás. Ricos pobres y pobres ricos.—10. Cuán fácilmente se apega el corazón a las cosas temporales. No importa que sean pequeñas.—11. La ruína de muchas almas.—12. Manantial de paz. Cita notable del Santo. . . . Pág. 73

Capítulo VI

Tercera Cautela contra el mundo

(No entrometerse en asuntos ajenos)

1. Texto del Santo.—2. El mal ejemplo en la vida religiosa. Los Santos fueron hombres prácticos y sinceros.—3. Las causas ordinarias de escándalo.—4. Faltas reales en las casas religiosas.—5. El demonio tienta a los Santos. La tierna oración de Jesús para las almas tentadas. San Pedro, Job. Los amigos de Jesús.—6. La Providencia quiere que saquemos provecho de nuestras propias faltas.—7. Las almas grandes jamás se escandalizan de nada. Las debilidades humanas suelen perjudicar más a los incautos que las observan que a los mismos que las padecen.—8. Saludable consejo y enérgico lenguaje del Santo Padre.—9. Una observación. La vocación es un gran don de Dios. Pero no nos hace impecables.—10. Grandes ventajas de la vocación religiosa. Mirar desde el último momento. . . . Pág. 91

Capítulo VII (Continuación)

Juicios temerarios y murmuraciones

1. Severa amonestación, pero es paternal.—2.

Murmuración interior. Ignoramos las intenciones de nuestros prójimos.—3. Espíritus enfermizos. Notable observación de Santo Tomás: Quien fácilmente juzga revela el fondo de su propia alma.—4. Terribles amenazas contra los mal pensados. Santo Tomás. San Pablo. El Santo Evangelio. Dios es más benigno que nosotros en juzgar a nuestros hermanos.—5. Ate- nuantes poco seguros.—6. Auto-intoxicación. De aquí proceden los pecados de la lengua.—7. Des- trozos que puede causar una palabra imprudente. Los malhechores de la lengua.—8. Observando en sí mismo los efectos de la murmuración *escuchada*. La Santa Escritura contra los murmuradores.—10. Los murmuradores y la estatua de sal. Las montañas de Cardona.—11. Almas que causan esterilidad alrede- dor de sí.—12. Las casas religiosas en los designios de la Providencia. Un gran peligro.—13. Observa- ción oportuna. Un Superior prudente.—14. Cielo antic- ipado. Pasaje de Santa Teresa de Jesús. . Pág. 105

Capítulo VIII

Cautelas contra el demonio. (Prólogo)

La influencia del demonio

1. Texto del Santo.—2. Creencia en las influen- cias diabólicas. Testimonio de la Sta. Escritura. El es- píritu diabólico contra los hijos de la Iglesia.—3. Ni incrédulos ni fanáticos. Porqué el demonio persigue a los hombres. Sus instrumentos.—4. La Bienaventu- ranza es un premio. Requiere nuestra cooperación. El demonio se esfuerza en anularla.—5. Tiene especial interés en tentar a los buenos. Cuánto vale un alma perfecta. Se ocultan mucho. No es fácil que el demo- nio la pueda perder, pero sí que las puede turbar.—6. El disfraz del enemigo de las almas.—7. Notables pa- sajajes del Santo Padre sobre los diferentes engaños del demonio.—8. Muchas gentes que parecen buenas y viven engañadas. Cuánto daño se hacen a sí mismas

y a otros.—9. Se horrorizarían si lo conocieran bien. Un examen sincero. El diablo satisfecho con muchas personas buenas. . . . Pág. 125

Capítulo IX

Cuarta Cautela. Primera contra el demonio

(Proceder siempre por obediencia)

1. Texto del Santo.—2. Cuán agradable tributo a Dios es la obediencia.—3. Por la obediencia ha recibido el hombre las grandes bendiciones de Dios.—4. Las dos divisas: *Non serviam*, y *Fiat voluntas tua*.—5. *Los hijos del diablo. Los hermanos, hermanas y la madre de Jesús*. Habla el que no engaña ni exagera la verdad.—6. La obediencia base de todo orden, de toda virtud, y garantía de éxito.—7. En la obediencia está el mérito de las buenas obras. Texto de Isaías. Otro muy notable de S. Juan de la Cruz.—8. Testimonio de Sta. Teresa. Un Instituto religioso sin espíritu de obediencia no podría vivir.—9. Porqué los Santos son tan celosos de la obediencia. Sacrificio total del hombre a Dios.—10. No se puede reclamar de Dios lo que una vez se le ha dado. Comete cierto sacrilegio el religioso que sustrae algunas de sus acciones de la obediencia.—11. No basta guardar el voto de obediencia, es preciso llegar a la virtud de la obediencia. Admirable testimonio de Hedley. Un buen ciudadano, pero no un buen religioso. . Pág. 139

Capítulo X (Continuación)

El voto y la virtud de Obediencia

1. No basta guardar el voto, es preciso también practicar la virtud de obediencia.—2. Entre dos extremos.—3. Muy pocas veces se peca contra el voto. A fuerza de equilibrios de conciencia.—4. Una vida inútilmente afanosa. Cuan triste es.—5. Ni pecados graves, ni virtudes sólidas. Terrible amenaza.—6. Señor: Siempre hice lo que quise, pero nunca quise nada contra mis votos. Pobrísima cuenta.—7. Al siervo que

no hizo bien, ni mal se le condenó. Así es el que ni quebranta el voto, ni consigue la virtud.—8. El voto es la raíz; la virtud el tronco. El ideal religioso.—9. Cinco grandes ventajas del espíritu de obediencia.—10. Pasaje de la Sta. Madre. Pág. 155

Capítulo XI

Quinta Cautela. Segunda contra el demonio

Como hay que considerar a los Superiores. Deberes que ellos tienen

1. Texto del Santo.—2. Gravedad de esta materia.—3. Los defectos humanos del Superior y la escasa virtud de los súbditos. La verdad a medias es peligrosa.—4. Las dignidades honran. Pero también son una prueba. Hay naturalezas tan débiles que con poca altura se marean.—5. Mayor libertad. El buen Superior cree tener menos.—6. Examen del primer Superior de la Iglesia.—7. El mejor Superior, el que tiene más gran corazón. Todo hombre necesita afecto.—8. Dos ejemplos prácticos.—9. He aquí al hombre.—10. El Superior es nuestro Padre... No tiene derecho a rechazarnos. Bendice. Nos sentimos queridos.—11. La mayor fuerza moral está en el afecto. Cómo lo otorga la Providencia. Cuán pobre es la naturaleza humana en cariño.—12. El Superior debe buscar a los súbditos. Naturales repulsiones. Almas que parece no tienen más misión que molestar.—13. Las horas de prueba para el Superior. La voz de la conciencia, y la voz del orgullo lastimado.—14. Cuán difícil atender a la conciencia. Lamentos de Moisés.—15. Los ingratos y defectuosos. Pasaje del Profeta Ezequiel.—16. El ejemplo del Superior, y su gran responsabilidad.—17. Célebre y terrible pasaje de Santa Teresa. 18.—Pobres Superiores! Pág. 169

Capítulo XII. (Continuación)

Obligaciones de los súbditos

1. El Superior es el mensajero de Dios.—2. El

fin profesional de las personas religiosas. Pocas veces hay franca rebeldía.—3. Una rebeldía disimulada. Cuán peligrosa es. Doctrina de Santo Tomás.—4. Pecado mortal por desprecio, o por imposibilitar el fin de la vida religiosa. Las frecuentes faltas contra la obediencia conducen al desprecio de la misma.—5. Una profunda enfermedad del espíritu humano. El estado religioso tiende a su curación radical.—6. Lo más esencial del estado religioso.—7. Espíritus enfermos y almas enigmáticas en las casas religiosas.—8. Están en grandísimo peligro de pecado mortal.—9. Atenuantes, sí, pero pobrísima disculpa. Lamentable estado de conciencia.—10. Amonestaciones de Nuestro Señor Jesucristo. Si nuestra obediencia no es mayor... Pág. 191

Capítulo XIII. (Continuación)

Los súbditos en orden a los Superiores

1. Atender a las condiciones del Superior es perder todo el mérito de la obediencia. «Ya recibiste tu recompensa».—2. Se incurre fácilmente en juicios y palabras desfavorables contra los Superiores.—3. La más delicada flor de la caridad. El fondo de orgullo humano.—4. La primera murmuración en el mundo y la primera rebeldía y las demás. Sus consecuencias.—5. Escándalo en las casas religiosas.—6. Pero los Superiores no son infalibles. Hay que guiarse por la razón, sí, pero esta misma razón nos manda obedecer con sencilla sumisión.—7. El punto de vista del Superior. Las ideas y la práctica. Lo mejor suele ser enemigo de lo bueno. Los hombres somos muy complicados.—8. *La tela de araña* para muchas almas. Vale mucho una observación oportuna.—9. El espíritu de chisme y el *Angel bueno* del Superior.—10. Una *observación* no es una *imposición*.—11. El genuino espíritu religioso. Nuestra Regla. Resumen.—12. El ejemplo de los Santos. El de Jesús.—13. Jesús en la Eucaristía perfecto modelo de obediencia. «Obedece, sufre y calla». Pág. 205

Capítulo XIV

Sexta Cautela y tercera contra el demonio

(La Humildad)

1. Texto del Santo.—2. Lo más sabido suele ser lo peor comprendido. Así acontece con la humildad. Falso concepto de ella. Buen hombre pero mal educador.—3. Para San Juan de la Cruz la humildad es hija del *amor* y de la luz; para Santa Teresa lo es de la *verdad*. Notable pasaje del Santo.—4. El amor nunca dice *basta*.—5. Al alma instruída y pura todas sus obras le parecen indignas de un «tan alto Señor». Es esto el fundamento de la verdadera humildad.—6. Textos de Santa Teresa. *La humildad es la verdad. Pieza por donde entra mucho sol...* No hay verdadera humildad sin mucha luz.—7. No todo es malo en el hombre. La humildad no desconoce las propias perfecciones. Otro pasaje de la Santa Madre. La humildad toma al hombre tal como es.—8. El Santo Padre y la Santa Madre de perfecto acuerdo. Son los grandes maestros de la humildad. 9.—Hay que entender bien a la Santa. El error es disfraz de la verdad. *¿Qué es andar en verdad?* Saber administrar los dones de Dios.—10. El amor propio exagera nuestras buenas cualidades y aminora los defectos. Cada perfección encierra una responsabilidad.—11. Todo para bien de todos. Nada para lastimar a nadie.—12. La vanidad supone algún defecto en el espíritu o en el corazón.—13. A los vanidosos el Señor les niega multitud de dones por su propio bien. . . . Pág. 223

Capítulo XV (Continuación)

Humildad y Orgullo

1. Cómo la humildad es directamente contra el espíritu diabólico.—2. Cuanto ama Dios a los humildes.—3. La humildad es el fundamento de la grandeza. Enseñanzas del Divino Maestro sobre la humildad.—4. Toda la vida y doctrina de Jesús, fué un

himno a la humildad.—5. Dios se complace en humillar a los soberbios. Y los rechaza.—6. Los soberbios quieren apropiarse la gloria que solo a Dios es debida.—7. La soberbia es el pecado capital más profundamente arraigado. Es la desviación de una aspiración santa.—8. El amor propio no es malo en sí mismo, sino en la manera y en los medios. El camino seguro de la grandeza.—9. Textos del Santo Padre.—10. El orgullo es el padre de la envidia. Destrozos de la envidia en las almas.—11. El espíritu maligno la fomenta. Enfermedad muy general. Pág. 243

Capítulo XVI. (Continuación)

Amor propio. Vanidad. Orgullo

1. La soberbia.—2. El amor propio auxiliar de la virtud.—3. Todos hijos de Dios. Las *Nadas* de San Juan de la Cruz. Es preciso educar al amor propio, no destruirlo.—4. Es necesario un poco de talento para conocer al amor propio. La vanidad es el primer fruto del amor propio desordenado. Los vanidosos y los ebrios.—5. Sobre las ruinas de la vanidad se levanta amenazador el orgullo. Es el vicio diabólico. Las derrotas y contrariedades le avivan.—6. La vanidad y el orgullo deben ser curados desde adentro.—7. El vanidoso *inofensivo*, casi inocente. Pronto de vano se hace orgulloso. Y el orgulloso como el ebrio, jamás se satisface.—8. Cuán general es el vicio del orgullo. Sus variadísimas manifestaciones.—9. No basta el talento para librarse del orgullo. Hombres que piensan bien, mientras no se toque su amor propio.—10. Hay que dejarle porque es así.—11. No suelen conocer este mal los mismos que lo sufren. Pasaje del Santo.—12. Cómo se cura el amor propio.—13. Humildad y caridad. Hay derecho a pedir mucho a las personas religiosas.—14. El fundamento de la vida religiosa. Debe ser de verdadero corazón. Vencer el mal por el bien.—15. Cuánto vale un acto de humildad. Echar lejos al demonio. Alegría de corazón Pág. 259

Capítulo XVII

Séptima Cautela. Primera contra la carne

Nuestros prójimos operarios de nuestra propia santificación

1. Texto del Santo.—2. La naturaleza opone repugnancias a la virtud.—3. Dios hizo al hombre sociable. El primer hombre solo en el paraíso.—4. El hombre ha hecho difícil la sociedad. La educación la facilita.—5. La buena educación compañera y auxiliar de la virtud. Notable observación.—6. La caridad cristiana y la educación.—7. Punto de vista de San Juan de la Cruz.—8. Se comprende la rara psicología de los Santos.—9. La Divina Providencia todo lo ve y ordena al bien de sus escogidos.—10. Ver la Providencia en todo. Ejemplo de David. Cuan costoso es.—11. Es la Providencia quien junta a los corazones que naturalmente no se avienen...—12. Los mejores bienhechores.—13. La voz del egoísmo.—14. Los momentos más oportunos. Contemplando las agitaciones del propio corazón.—15. Nadie debe alegrarse del sufrimiento ajeno.—16. Sin verdugos no habría mártires. Verdugos del espíritu y del corazón. El oficio de ángel bueno.—17. Amor a los que nos mortifican. Testimonio de Sta. Teresa. Id. de S. Juan de la Cruz.—18. Cómo se eleva lo pequeño y hermosea lo repulsivo.—19. Martirio prolongado; pero fácil. . . . Pág. 281

Capítulo XVIII

Octava Cautela. Segunda contra la carne

El placer en las acciones

1. Texto del Sto.—2. El móvil de las acciones humanas. El placer es un estímulo lícito.—3. Pero obrar *por* el placer es degradante.—4. Dios castiga dejando que los hombres hagan lo que quieran. El hombre debe gobernarse por la conciencia y no por el estímulo del placer.—5. Estulticia del espíritu S. Juan de la Cruz, habilísimo Maestro de espíritu. Profundo psicólogo.—6. El gozo en las criaturas empequeñece. Son migajas

caidas de la mesa del Padre de familia.—7. Los apetitos cansan y atormentan etc. Hermosísimo pasaje del Santo.—8. El deseo del gozo nunca se cansa y todo lo inutiliza y oscurece el entendimiento.—9. Regla segura. Respuesta digna de un Santo. Fidelidad a los dictámenes de la propia conciencia.—10. Donde están los grandes caracteres.—11. Hombres añados. Son incontables. Y sufren mucho.—12. Pierden el mérito de sus buenas obras. Y se preparan duros castigos.—13. El primer estímulo de nuestros actos. Los nombres escritos en el cielo.—14. Cómo se puede ser útil a todos y a sí mismo. Los Santos no quieren mutilar la naturaleza del hombre.—15. La poda moral.—16. El hombre depurado. Recibe el ciento por uno ya en esta vida.—17. San Juan de la Cruz en su vida fué la demostración práctica de su doctrina. . . . Pág. 305

Capítulo XIX

Novena Cautela. Tercera contra la carne Amor al Sufrimiento

1. Texto del Santo.—2. Preferir el dolor al placer.—3. Es muy grande quien siempre se hace superior al dolor.—4. Cómo puede ser querido el sufrimiento.—5. El dolor puede ser querido *porque expía o satisface*.—6. Porque depura y hermosea. El purgatorio en vida, insigne beneficio de Dios.—7. El dolor es amable porque todo lo alcanza de Dios. Poder de las lágrimas. Dios las atiende siempre que proceden de un corazón puro.—8. El dolor nos asemeja a Nuestro Señor Jesucristo.—9. La Cruz es el símbolo del dolor por el amor.—10. Instrucciones sobre el sufrimiento dadas por Nuestro Señor a Santa Teresa.—11. O padecer o morir. Los Santos y el dolor.—12. La psicología de los Santos y de los hombres de mundo.—13. Las almas consagradas a Dios no tenemos derecho a la ignorancia ni al desamor del sufrimiento.—14. Primera clase de sufrimientos.—15. Segunda clase de sufrimientos.—16. Sufrimientos voluntarios. Pasaje del Santo.—17. Síntesis de la doctrina del Santo Padre Pág. 329

Capítulo XX

Las Cautelas de San Juan de la Cruz y el espíritu religioso

1. Misión providencial de S. Juan de la Cruz.—2. En estos avisos se contiene su doctrina fundamental y general.—3. No los considera como meros consejeros, sino como preceptos que es necesario guardar. Son la genuina expresión del espíritu Carmelitano.—4. El espíritu de una corporación está como encarnado en sus Fundadores. El de Elías es dulce y austero. De oración continua y de grandes empresas por la gloria de Dios.—5. Bocetos religiosos.—6. San Juan de la Cruz y Sta. Teresa de Jesús tienen idéntico espíritu aunque no lo parezca. El mundo no los comprende bien.—7. Auto retrato de ambos Santos.—8. Suavidad del Santo Padre.—9. Carácter de Santa Teresa. Porqué emprendió la obra de la Reforma.—10. Lo inmutable y lo mudable en el espíritu Carmelitano.—11. No hay que confundir los conceptos.—12. Lo esencial del espíritu religioso está contenido en estas Cautelas. Todos las pueden observar *todas*. Bastan ellas para santificar a una alma.—13. Facilitan el cumplimiento de todos los deberes.—14. Todos necesitamos tenerlas muy bien puestas en el corazón.—15. Bien asentadas en la conciencia. Para esto veniste a la religión.—16. El espíritu Carmelitano y las hijas de Sta. Teresa.—17. *Little Flower*. Sor Teresita. La «Subida del Monte Carmelo» y las Cautelas.—18. Los Carmelitas.—19. Las Ordenes Terceras.—20. Las personas seglares y estas Cautelas. Un pequeño cielo en la tierra . . . Pág. 359

Cuatro avisos a un religioso Pág. 389

LICENCIAS

IMPRIMI POTEST

Fr. Romualdo de Santa Catalina, C. D.

Vic. Provincial

NIHIL OBSTAT

EL CENSOR,

Dr. Joaquín Sendra, Can.

Barcelona 23 Junio de 1920

IMPRÍMASE

ENRIQUE, *Obispo de Barcelona*

P. A. El Gob. Ecco. S. P.

Pascual Llópez

Por mandato de su Excia. Ilma.,
el Obispo, mi Señor

Dr. Juan Boada, Pro. Scio.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Meditando en los Cantares de mi Madre (Glosa a una letrilla de Santa Teresa de Jesús).

Tercera edición corregida y aumentada. Precio 1'25 ptas.

Confidencias a un joven. Tomo de 200 páginas a 2'50 ptas. en rústica y 4 en tela.

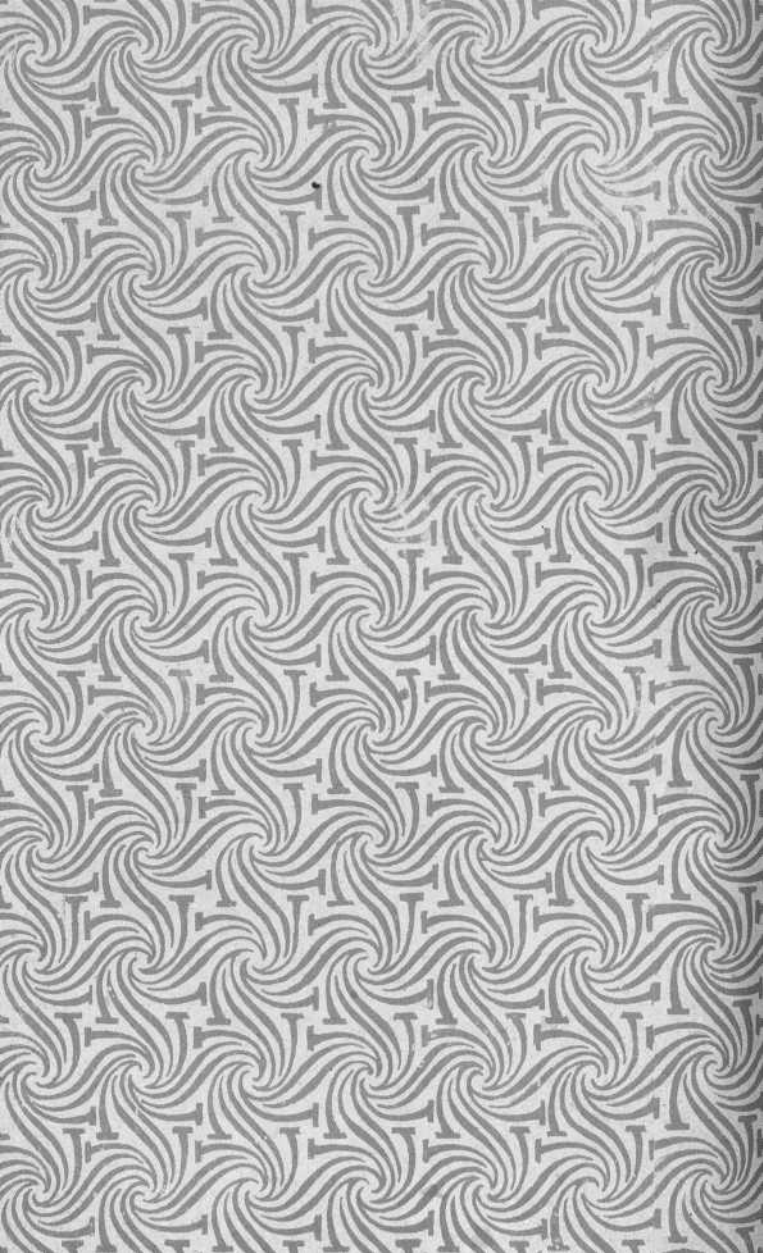
Desde mi celda. Volumen de más de 400 páginas. Precio en rústica a 3'50 ptas.; en tela 5'00 ptas.



1080

8

1



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFIA TERESIANA

SECCION IX

Libros publicados por Carmelitas de la Reforma
Teresiana

Número.....	Precio de la obra	Ptas.
Estante.....	Precio de adquisición	»
Tabla.....	Valoración actual	»



1080.

P. LUCAS DE SAN JOSÉ CO.

LA SANTIDAD
EN EL CLAUSTRO
